



ESPECIAL

Unamuno

75 ANIVERSARIO DE SU MUERTE

SUPLEMENTO ESPECIAL DE EL ADELANTO

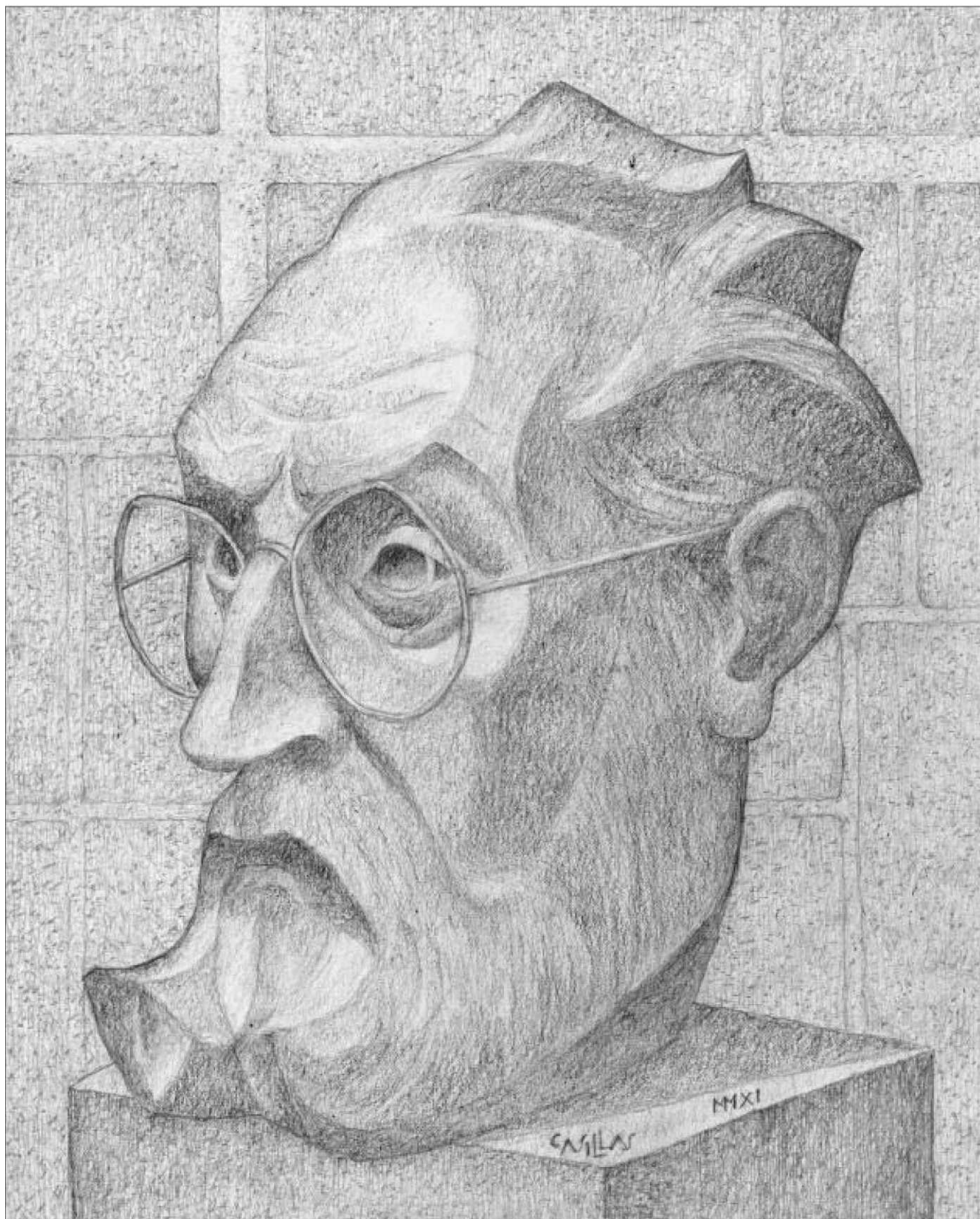
DIRECTOR: FÉLIX ÁNGEL CARRERAS ÁLVAREZ

COORDINA: ALBERTO LÓPEZ HERRERO

MAQUETACIÓN: FÉLIX GONZÁLEZ

FOTOGRAFÍAS: CMU-USAL / ARCHIVOS ANSEDE, GOMBAU, LASO Y
MORENO / FILMOTECA REGIONAL DE CASTILLA Y LEÓN / DE
HORNA / ARCHIVO GENERAL DE LA ADMINISTRACIÓN / ALMEIDA

SÁBADO, 31 DE DICIEMBRE DE 2011





LA INTELLECTUALIDAD COMO ARMA PUBLICITARIA

DESDE EL PATIO DE ESCUELAS

DANIEL
HERNÁNDEZ RUIPÉREZ
RECTOR DE LA UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA



La intelectualidad de don Miguel de Unamuno, unida a su irreverencia, hizo que gran parte de su actividad constituyera, aunque sólo fuese de manera implícita, una auténtica campaña publicitaria para la Universidad de Salamanca. Una publicidad que no puede sino sorprendernos, por cuanto se produjo en una época en la que la Academia se percibía como una institución gris, incapaz de aportar beneficios a una sociedad necesitada de líderes y de expertos que la guiara en medio de una crisis del liberalismo tan profunda como para terminar en un conflicto irresoluble y en una guerra fratricida que se iniciaría en el 36.

Desde su llegada a Salamanca en 1891, para tomar posesión de la cátedra de griego, Unamuno se va haciendo destacar en la comunidad universitaria en gran mayoría átona, y es ese papel relevante con resonancias en toda España el que motiva su nombramiento como rector en el año 1900. Sus mandatos están plagados de discursos, intervenciones y medidas que buscan ser un revulsivo para la opinión pública, pero también para los propios universitarios. Aborda aspectos que hasta entonces no se habían cuestionado de manera efectiva, como los deberes del profesorado o la necesidad de contar con una universidad vinculada a su entorno, al servicio de la sociedad, que contribuyese a aclarar una "niebla" que envolvía la vida social, política y económica de la época. Es cierto que en el horizonte intelectual de Unamuno no estaba, como tampoco en el de otros pensadores españoles de su época, la inteligencia de la universidad como un espacio en el que investigación y docencia se manifiestan como dos caras de la misma moneda; los mejores intelectuales españoles del momento no concibieron, ni siquiera comprendieron, el modelo humboldtiano de universidad, que ha sido la base de la universidad moderna. Un modelo que ha sido la causa del desarrollo de la investigación y de su influencia en el progreso, que ha caracterizado desde el final del siglo XIX a otros sistemas universitarios.

Con sus luces y sus sombras, esos primeros 14 años de rectorado de Unamuno contribuyeron a crear en Salamanca un núcleo de pensamiento que situó a la institución en el centro de muchas de las disputas intelectuales de la época, siendo su rector el principal protagonista. Su figura dio una visibilidad sin precedentes a una institución que, como otras universidades españolas de la época, languidecía en medio de disputas políticas, y puso en el punto de mira una característica que hoy en día se presupone en los centros de educación superior, que no es otra que la preocupación por aportar a la sociedad pensamiento crítico e intelecto capaz de ayudar a resolver sus problemas.

Unamuno fue, sin duda, pionero en utilizar la intelectualidad como arma publicitaria, y él mismo prefería, en ocasiones, sustituir esa cualidad de intelectual que se le atribuía por otras como "agitador de espíritus", "espiritual" o "publicista".

Cuando finaliza en 1914 su primera etapa como rector, Unamuno era ya uno de los más prestigiosos intelectuales españoles de la época con una gran presencia pública derivada de sus posicionamientos políticos. Este protagonismo continuará posteriormente con sus posiciones como "aliadófilo" durante la I Guerra Mundial, como defensor de la Segunda República y, años más tarde, como un desencantado con ella, hasta el punto de apoyar inicialmente el alzamiento militar del 36.

Su preocupación por el mundo en que vivía y su arrolladora personalidad hicieron que hasta sus últimos días su figura fuese controvertida y polémica; pero esas características también han hecho que hoy en día siga siendo uno de los rectores más conocidos y admirados de cuantos ha tenido esta institución. En estos momentos en que recordamos el 75º aniversario de su muerte, nos encontramos de nuevo ante momentos difíciles y su figura debe servirnos de inspiración y revulsivo para luchar para que las universidades ocupen un lugar central en la salida de la crisis, para que esta salida se base, y probablemente no hay otro camino, en el conocimiento y la innovación que en ella se crean y se desarrollan.

Unamuno apostó hace años porque la universidad contribuyera a la formación y al bienestar de la sociedad; ahora debemos recoger su testigo y luchar por que esta crisis no se lleve por delante los logros sociales como son la educación pública de calidad y la investigación científica y tecnológica. Debemos buscar el modo de hacer entender a la sociedad que en las universidades están las vías para mejorar la situación en la que nos encontramos. Para ello, además de crear, de enseñar, de innovar y de transferir conocimientos, necesitamos seguir una senda donde haya ideas nuevas capaces de dar a nuestra institución una visibilidad como la que Unamuno logró en su momento. ■

2012. AÑO DE MIGUEL DE UNAMUNO EN SALAMANCA

Salamanca conmemorará en 2012 el Año Unamuno con un programa cultural de calidad y para todos los públicos tras cumplirse el 75 aniversario del fallecimiento de este pensador único.

CON VISTAS AL TORMES

ALFONSO
FERNÁNDEZ MAÑUECO
ALCALDE DE SALAMANCA



Escribe Andrés Trapiello con acierto que "hoy son ambos nombres, el de Unamuno y Salamanca, inseparables, firmes, duraderos como la piedra, y quien se asome al Tormes, oirá en los tajamares del puenteacentos de un duro endecasílabo, y verá los olmos enfermos de la carretera vieja de Zamora, y sus otoños y su dulce morir, soñando resurrección e inmortalidad, en la eterna canción de *Aldebarán*".

Hoy la obra de Unamuno no se entendería sin Salamanca, y la historia de Salamanca no se explicaría sin Unamuno. Don Miguel se ambientó en el espacio geográfico y humano salmantino. Tomó la medida a su espacio urbano, a sus gentes y al convulso momento histórico que le tocó vivir.

Ahora el Ayuntamiento de Salamanca, la ciudad en la que vivió, pensó, enseñó, escribió y murió, le rendirá un merecido homenaje durante los próximos doce meses con un programa de actividades culturales que difundirá su figura y obra. Homenaje merecido y agradecimiento a un pensador que, a través de sus escritos, universalizó la ciudad del Tormes.

Unamuno volverá a las calles de Salamanca con el ciclo *Vidas y Ficciones*, se organizarán paseos teatralizados en los entornos de la Universidad, *Las llaves de la ciudad* nos abrirá las puertas de su Casa Museo, el Teatro Liceo pondrá en escena varias de sus obras y la Joven Orquesta Sinfónica Ciudad de Salamanca se sumará a este homenaje con *Música para un código salmantino*, basada en las siete primeras y las tres últimas estrofas de la *Oda a Salamanca* que escribió Miguel de Unamuno.

La música y la poesía de Unamuno llenarán el Patio de Escuelas, La Salina, el Huerto de Calixto y Melibea y la Casa de las Conchas durante los meses de verano; espacios patrimoniales pero, por encima de su belleza, son espacios vivos y espacios sentidos. En colaboración con la Filmoteca regional, el Ayuntamiento impulsará una gran muestra que nos acerque aún más a su figura y a su pensamiento.

Tendrá un ciclo en el Teatro Liceo, con películas como *La tía Tula*, *Niebla* o *Las cuatro novias de Augusto Pérez*, protagonizará la Feria Municipal del Libro o el encuentro de Poetas Iberoamericanos y la ciudad se implicará con talleres de papiroflexia, recuperando las pajaritas que el pensador regalaba a sus hijos y nietos, talleres intergeneracionales, a través de cartas y textos de la vida cotidiana de Unamuno, un concurso fotográfico sobre el mundo de las letras y Salamanca y un certamen de cuentos dirigido a los escolares para acercar su figura a los más pequeños.

Intenso y plural programa donde también estarán presentes las nuevas tecnologías, con la propuesta *Unamuno en 140 caracteres*, en una oferta cultural tan amplia que hasta permitirá al pensador protagonizar el juego de observación *Salamanca en detalles* para recorrer la ciudad de su mano ilustrada.

Unamuno, que sintió el pensamiento y pensó el sentimiento, era un hombre tan comprometido consigo mismo y con la sociedad que su vida y obra están íntimamente entrelazadas. Fue un habitante excepcional de Salamanca, su patria chica. Escribió que "siempre que os hablo de España, de cualquier cosa, os estoy hablando de Salamanca". Ahora su dorada Salamanca también dirá, que Unamuno ha sido y guardará por siempre su recuerdo.

Homenajeándole como se merece, con un programa a su altura, y difundiendo su obra porque el mejor homenaje que puede hacerse a un escritor es leerlo. ■





LA CONMEMORACIÓN SALMANTINA DEL XXV ANIVERSARIO DE LA MUERTE DE DON MIGUEL DE UNAMUNO

MIGUEL CRUZ HERNÁNDEZ (*)

Nunca pude pensar que mi vida pudiese llegar hasta este 75 aniversario de la muerte de don Miguel de Unamuno que casi coincide con otros tantos años del curso 1935-1936 en que empecé a leer sus admirables escritos. Por ello quiero centrar mi modesto homenaje en otra conmemoración unamuniana, la del 25 aniversario de su muerte que me tocó organizar, pues, más por mis pecados políticos que por mis escasas virtudes, era a la sazón alcalde de la hermosa ciudad de Salamanca.

Cuando en 1935, con 15 años de edad, alumno de literatura española en el Instituto Nacional de Segunda Enseñanza Padre Suárez de Granada, vine a encontrarme con la poesía de Unamuno, a la que siguieron sus *nóvalas* y las obras de pensamiento, no podía sospechar que quince años después elegiría, tras la correspondiente oposición, la cátedra de Filosofía de la Universidad de Salamanca, que conocería a varios hijos de don Miguel, que trataría a Felisa y Rafael, y que contaría entre mis alumnos a una nieta y a un nieto del perenne rector salmantino. Pero debía ser mi destino, pues en 1944, ya metido en los intrincados laberintos filosóficos, me estrené con un trabajo sobre dos libros que trataban de Unamuno, el de Julián Marías (*Miguel de Unamuno*. Espasa Calpe, Madrid, 1943) y el de Miguel Oromí (*El pensamiento filosófico de Miguel de Unamuno*, también de Espasa y del 1943). Se publicó mi trabajo primerizo en una versión periodística en Madrid (*Signo*, nº 245) y en otra más extensa y académica en el *Boletín de la Universidad de Granada*. Perdónenme la precisión profesional. Recogiendo una expresión de Oromí que veía a Unamuno "como otro Sócrates" me atrevía a llamar a don Miguel "Sócrates de nuestro tiempo", el mayor piporo para un filósofo. Luego rei-

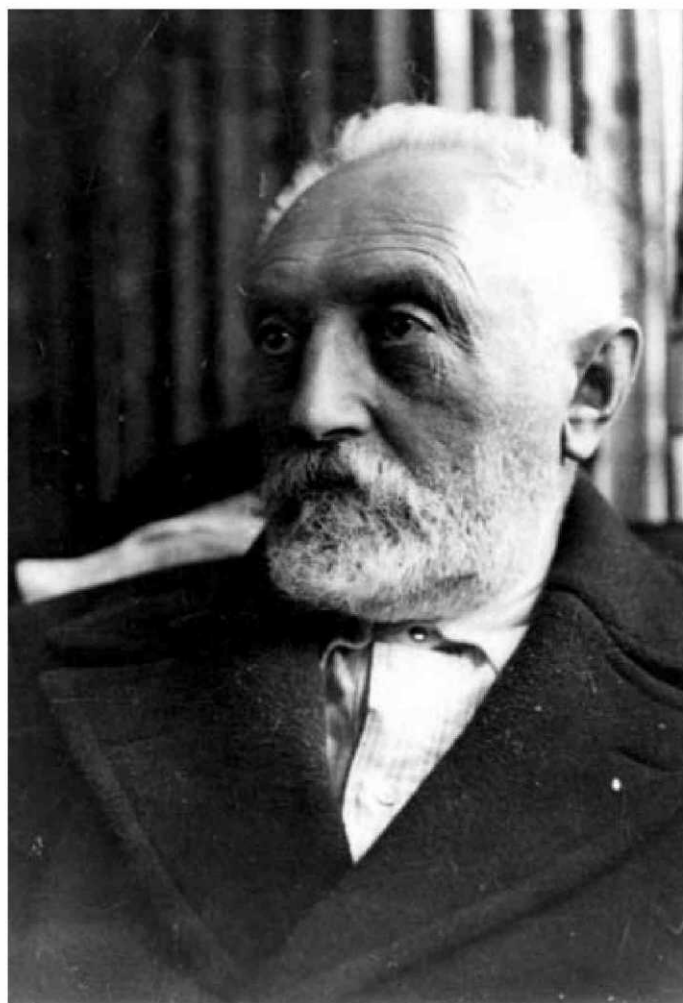
teraría o ampliaría mi atrevimiento en tres o cuatro trabajos en nuestra lengua y uno en francés. Creo que es lo más que yo podía decir en homenaje al siempre inquietante pensamiento unamuniano. Ahora vamos con el homenaje de 1961.

El año 1961 resultó cargado de conmemoraciones de cuarto de siglo. Entre las muy sonadas entre nosotros se contaron las del 18 de julio de 1936, que preludivió nuestra dura, larga y sangrienta Guerra Civil y la proclamación como jefe del Estado el 1 de octubre del general Franco, una y otra con muchos y nutridos desfiles, pontificales, concentración de autoridades y discursos. A los actos de Burgos hasta se invitó a los alcaldes de las tres ciudades en las que habitó Franco durante la guerra: Cáceres, Salamanca y Burgos. Así que hube casi de improvisar unas palabras del tenor que es de suponer. ¿Quedaba tiempo y lugar para que Salamanca recordara el 31 de diciembre de 1936 en que Unamuno abrazó a su amiga-enemiga la muerte?

Yo sabía que en Salamanca se había dicho que se conmemoraría todo, pero nada de acordarse de la visita de la muerte a don Miguel de Unamuno. A mí sí me importaba y mucho.

Antes que nadie dijera nada, sin temprar gaita alguna, hablé con el gobernador civil, mi amigo José Luis Taboada García, e hice llegar un informe al ministro secretario general del Movimiento, José Solís Ruiz, ya que el Ministerio de Educación Nacional no había dicho nada o yo no me enteré. Solís, que no era tonto, como después y aún ahora algunos dicen, cazó la ocasión al vuelo; dijo sí a mi sugerencia y envió 50.000 pesetas para los gastos.

El homenaje conmemorativo de 1961 se inició con varias conferencias en la Jefatura Provincial; una de Francisco Bravo que antaño había organizado el singular encuentro de don Miguel con José Antonio Primo de Rivera; otra del pro-



fesor Carlos París Amador, a la sazón catedrático de Filosofía en la Universidad de Santiago de Compostela. En el Paraninfo de la Universidad hablamos el profesor don Manuel García Blanco y el que esto escribe. Hubo una misa cantada por el coro dominico de San Esteban en la capilla de la Universidad y un acto de desagravio en el Casino de Salamanca, del que

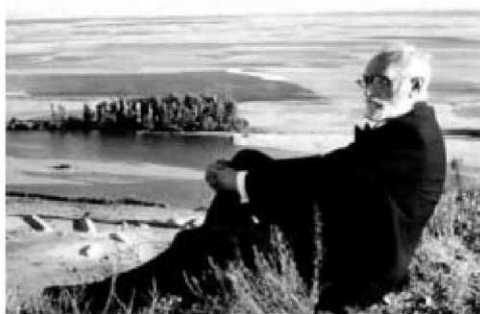
creímos poco. Al menos para los que pusimos cabeza y corazón en el empeño, los actos fueron sinceros y su final emotivo. Unamuno sigue perviviendo; ¡su gran problema!, como un Sócrates hispano de su tiempo, de ayer y de hoy para sus lectores; un incansable partero de ideas, de pensamiento perenne, del espíritu de España, como él quería, y que hoy brota, una vez más, con este 75 aniversario de su partida para la eternidad.

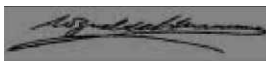
(*) Alcalde de Salamanca (1958-1962). Catedrático y doctor honoris causa por la Universidad de Salamanca



Unamuno y su hijo Rafael habían sido expulsados con motivo de la sonada intervención de don Miguel en el acto del día 12 de octubre de 1936. Desde entonces, Rafael y sus hermanos no habían vuelto a traspasar la puerta del Casino. El acto consistió en colocar en la biblioteca un ejemplar de las obras completas de don Miguel con asistencia de sus hijos. Todo ello tuvo lugar en pleno curso académico. El día 31 de diciembre, todas las autoridades, incluidas el obispo, doctor Barbado Viejo, y el gobernador militar, general Tejada, fuimos al cementerio y se rezó un responso.

No nos pareció mucho, no lo





LAS BIOGRAFÍAS DE DON MIGUEL. DE SALCEDO A LOS RABATÉ (Y VUELTA)

PAOLO TANGANELLI (*)

Ante un autor egotista como Unamuno, que no habría escrito sino autobiografías (Ricardo Gullón dixit), tal vez cabría esperar que el sector de los estudios biográficos fuera muy opulento. En realidad, a pesar de que ese ámbito en los últimos años haya experimentado un crecimiento constante (el estudio más reciente es *Unamuno, profesor y rector en la Universidad de Salamanca* de Francisco Blanco Prieto), se trata de una riqueza más bien aparente, sobre todo porque escasean aportaciones más ambiciosas que aspiren a retratar el entero periplo existencial de este maestro del novecientos.

Pero sin duda don Miguel tuvo suerte. Encontró un excelente biógrafo en el que quizá fuera el momento más propicio, cuando el estructuralismo todavía no había calado en España y no podía ser un estorbo: la *Vida de don Miguel*, de Emilio Salcedo (1964 y 1968; esta segunda edición, que presenta significativos retoques, reimpressa en 1998), con todos sus ribetes de hagiografía y sus límites metodológicos, en gran medida achacables al hecho que la mayoría de las anécdotas no cuente con un apoyo documental, se convirtió en seguida en un texto de consulta obligada para los cuatro o cinco unamunistas del orbe terráqueo. Porque, no obstante las críticas despiadadas que en ocasiones recibió, a la prosa vivificadora de Salcedo siempre se le ha reconocido la capacidad de bosquejar en sus rasgos esenciales la personalidad agónica del autor de *Niebla* y del *Sentimiento trágico*. Todos tuvimos que acercarnos a la obra unamuniana pasando por el aro de esta semblanza impresionista, si bien luego cada uno intentara corregirla como mejor podía. La *Vida de don Miguel* fue y es un centro irradiador, el claro donde siguen cruzán-

dose nuestras andanzas en el bosque unamuniano: una lectura inevitable con un papel análogo al que desempeña, en la hermenéutica gadameriana, el prejuicio histórico recibido para la formación de un juicio personal auténtico.

Incluso en época postestructuralista esta primacía no fue puesta en duda, aunque se publicaron, ya sin la pretensión de exhaustividad que caracteriza la biografía de Salcedo o la anterior de Margaret Rudd (*The Lone Heretic*, 1963), varias contribuciones centradas en determinadas épocas o facetas de la trayectoria vital del polígrafo bilbaíno, entre las cuales destacan aquellas dedicadas a los últimos meses y al crucial episodio del Parainfio (L. González Egido, *Agonizar en Salamanca*, 1986; C. Rojas, *¡Muera la inteligencia! ¡Viva la muerte!*, 1995; etcétera).

Tuvimos que esperar hasta 2009 para que viera la luz otra biografía integral. Todos celebramos entonces el ponderoso volumen de Colette y Jean-Claude Rabaté (*Miguel de Unamuno. Biografía*) que, aprovechando una mole de informaciones, aclara y enmienda en numerosos puntos las narraciones de Rudd y de Salcedo. Pero la operación llevada a cabo por los Rabaté consistió básicamente en sustituir el tipo *fijo* de Salcedo (el relato fundado en testimonios orales de familiares o antiguos alumnos) por la misma autofabulación unamuniana; vale decir: con aquel personaje literario que don Miguel intentó fabricar constantemente con su escritura pública y privada. Por eso el volumen de los Rabaté está plagado de citas sacadas no solo del epistolario, sino también de los cuadernillos de juventud, definidos de forma algo ingenua como "auténticos borradores de su ser más íntimo", y de los propios textos literarios. Brindando un nuevo tributo a la poética romántica del Erlebnis, los crí-

ticos transalpinos han pretendido remontarse a hipotéticas vivencias a través de la ficción, y no han dudado, por ejemplo, en presentar algunos fragmentos de *Nuevo Mundo* (1895-1896) como fieles reflejos de las experiencias del estudiante universitario Unamuno. Es cierto que el protagonista de esta novela, Eugenio Rodero, se parece mucho a su creador, pero ¿podríamos preguntarnos: ¿sobre qué fundamento se puede atribuir al joven Don Miguel la atracción hacia la cocinera de la pensión que turba el ánimo del personaje literario?

Tal vez la distancia que media entre Salcedo y los Rabaté no sea tan dilatada como se ha afirmado. Tal vez el texto de 2009 no tendría que verse más que como una buena actualización del modelo salcediano, en el cual se inspira sin confesarlo. Creo, en efecto, que un rápido cotejo de un par de fragmentos de estas biografías podría demostrar la presencia latente de la efigie salcediana en algunos detalles del retrato de los Rabaté.

Curiosa y arbitrariamente Salcedo identifica con Concepción Lizárraga la imagen alegórica de una muchacha evocada en los *Recuerdos de niñez y mocedad* (pero huelga precisar que esta figura aparece también en otros textos unamunistas): "El secretario de los Luises no abdica de sus anhelos de santidad, mantiene este sueño, y de vez en vez, la imagen de Concha se interpone. Iba de corto -evocó años después Unamuno-; sus cortas sayas dejaban ver las lozanas pantorrillas, su pecho empezaba a alzarse, la trenza le colgaba por la espalda y sus ojos iban iluminando su camino. Y mi soñada santidad -añade- flaqueaba". Los Rabaté interpretan de forma idéntica dicha personificación, viendo en ella un trasunto de la esposa de don Miguel: "La figura de Concha obsesiona

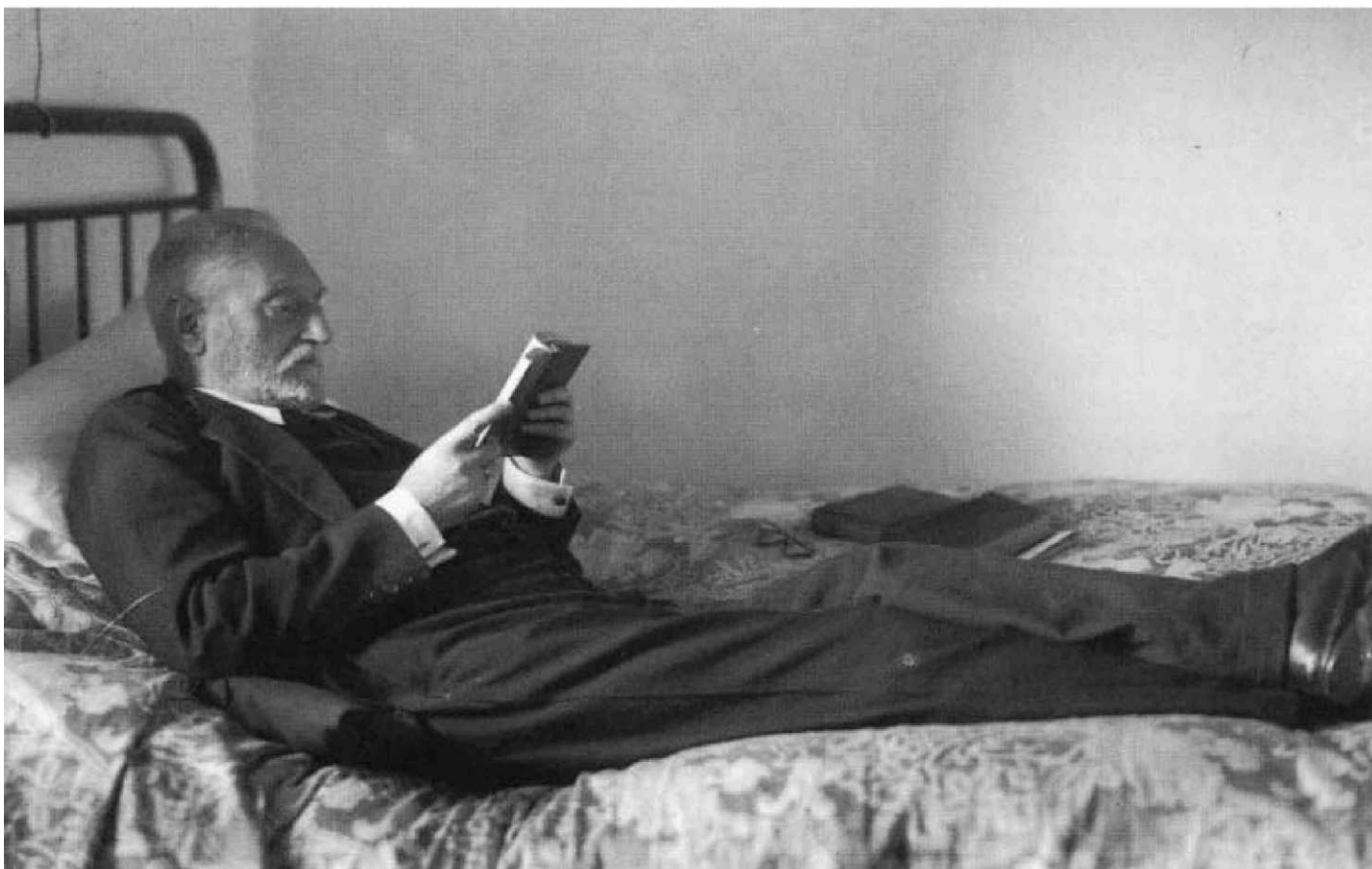
a Miguel, y una imagen lo habita casi siempre. Ella va de corto, sus sayas dejan ver las lozanas pantorrillas, su pecho empieza a alzarse, la trenza le cuelga por la espalda, y sus ojos iluminan su camino. Entonces, la soñada santidad del adolescente flaquea".

El momento culminante de la crisis del 97 se describe casi con las mismas palabras en ambas biografías. Esta es la versión de Salcedo: "Una noche, el 21 ó 22 de marzo de 1897, atormentado por los recuerdos de lo que pudo ser su vida, tiene conciencia del vacío de la nada, se siente no existiendo, y nacen en él la angustia, las congojas de muerte, la sensación y el dolor del *angor pectoris*, como materialización de su preocupación ética que le lleva a sentirse culpable, y un llanto incontenible le desborda los ojos y el corazón. Doña Concha, asustada, cuando venció el temor que aquella situación le imponía, le abraza, le acaricia, le pregunta '¿Qué tienes, hijo mío?'. Los sollozos no le dejan hablar. Su conciencia le pone una mordaza. Tras la sensación de acabamiento, el vértigo de la nada, el sentirse culpable de la larga e inconsciente agonía del pobre Raimundín, culpable de la entrada de la muerte en su hogar. No puede hablar. Se levanta y sale por las calles de la ciudad dormida en madrugada camino del convento de los dominicos". Y esta es la refundición de los Rabaté: "Esta meditación [...] presagía la noche del 21 al 22 de marzo de 1897, en la que sufre una violenta crisis. La angustia frente al porvenir, rumiada durante muchos días y la fatiga acumulada en los meses precedentes le afectan profundamente; no puede conciliar el sueño, siente congojas de muerte, palpitaciones y un dolor en el pecho que se extiende por el brazo. Un llanto que no puede reprimir lo invade [...]. Concha, asustada, vence el miedo que le da el estado de su esposo, lo tranquiliza abrazándole, acariciándole y diciéndole: '¡Hijo mío!'. Pero permanece mudo, experimenta una sensación de acabamiento, de culpabilidad ante la larga agonía de su hijo Raimundín y sale a la calle al amanecer dirigiéndose hacia el convento de los dominicos".

Aún más significativo sería el caso del discurso del Parainfio. Los Rabaté declaran haberlo reconstruido únicamente a partir de las notas autógrafas que Unamuno apuntó en el sobre de la carta que le había remitido la mujer de Atilano Coco (reivindicando con toda justicia el mérito de haber descifrado la alusión a José Rizal y Alonso, el independentista filipino contra el cual había luchado Millán Astray). No voy a transcribir los pasos paralelos de ambos textos, pero sería fácil comprobar cómo, de nuevo, la voz de Salcedo vuelve a aflorar con disimulo en la última y apasionada oración que los estudiosos franceses ponen en boca de don Miguel.

En definitiva, aunque el cuadro de los Rabaté ha añadido muchos particulares al de Salcedo, perfilándolo de forma magistral, no ha logrado substraerse a la fascinación de la primigenia semblanza. Ha tenido que volver sigilosamente a ella al menos para representar los eventos más emblemáticos. Y la explicación de este regreso es más bien sencilla: la prodigiosa *Vida de don Miguel* ha cundido tanto en todo unamunista que ya debemos considerarla como una suerte de apéndice del corpus del antiguo rector de Salamanca. No hace falta ni siquiera citarla. Ella sigue allí, esperándonos. En el claro del bosque.

(*) Profesor de la Universidad de Siena. Investigador, es autor, entre otras ediciones, de *Meditaciones evangélicas de Miguel de Unamuno*.



MI PRIMER UNAMUNO

ANTONIO COLINAS (*)

Hay un Unamuno que piensa, pero también hay otro Unamuno que siente, y no sólo en los poemas, sino en esos artículos en los que se transparenta a diario su vivir. Por ello, suelo volver con frecuencia a esos dos verdosos tomitos de la entrañable editorial argentina Losada que descansan con las demás obras de este autor en mi biblioteca juvenil. En algún otro momento, he recordado ese momento en el que, después de un traslado y reordenando mis libros primeros, apareció una caja con los libros de Unamuno editados por Austral o Losada de forma modesta, pero que fueron decisivos en mis años de crecimiento. En esa caja también aparecía la biografía que el periodista César González-Ruano escribió a raíz de una visita que hizo a don Miguel en Salamanca, en la primavera de 1930. Antes, González-Ruano había visto al escritor un decena de veces. En esta ocasión, el encuentro se celebró en la casa del poeta, en la calle de Bordadores, pero Ruano escribe y firma su libro en su café madrileño de Recoletos. Aún pude ver yo allí al periodista, a mediados de los años 60, mientras por las mañanas, con el café vacío de gentes, escribía sus artículos.

¿Cuál fue el primer libro de Unamuno que leí? Quizás alguna de su novelas, probablemente *Paz en la guerra*, porque de la lectura de *San Manuel Bueno, mártir* tengo un recuerdo posterior que va unido a mi visita

a los parajes donde este libro se inspiró: el pueblo zamorano de San Martín de Castañeda, colgado del bello Lago de Sanabria. De aquel viaje mío regresaría yo con *Junto al lago*, el que fue mi primer libro de poemas, aunque rescatado para editarse muchos años después. Pero bien pudo ser también mi primera lectura alguno de sus libros de poemas, seguramente ese poema de poemas que es *El Cristo de Velázquez*, pues en mi adolescencia, y una vez leído, yo le cambié este ejemplar a un compañero de curso por la *Poesía de Antonio Machado*; los dos ejemplares en la edición de Austral. Yo pensaba entonces que salía ganando con el cambio, y no sabía por qué. No mucho tiempo después me lo explicaría: mi compañero, Ángel Arnáiz, cambiaría su prometedora carrera de ingeniero industrial por su vocación de dominico. Entonces me expliqué su interés por aquellos poemas religiosos de Unamuno. Hoy Ángel, se encuentra en Nicaragua, haciendo desde hace muchos años una gran labor misionera. Acaso su afán de lucha en favor de los más desposeídos tenga algo que ver con el tesón, con la rebeldía unamuniana, que siempre rebotaba en aquellas lecturas nuestras de bachilleres.

Como muy especial, recuerdo también la *Vida de Don Quijote y Sancho*; acaso porque, a su vez, nos facilitó la lectura del mismo *Quijote*, que en aquellos primeros años aún era libro que se nos resistía. Pero

después del sabor y de la pasión que Unamuno puso en los personajes cervantinos, la aproximación al Quijote fue mucho más fácil y placentera. Luego creo que vino la lectura de sus libros de viaje -*Andanzas y visiones españolas*, *Por tierras de Portugal y España*- en los que, al rescate de los lugares muchas veces olvidados de nuestra geografía, se unía esa mirada hacia Portugal, hacia esa atmósfera que se siente nada más cruzar la frontera y de la que Unamuno creía que nuestra España estaba desposeída; nos faltaba, decía él, esa tibia y húmeda atmósfera atlántica que habría quitado acritud al carácter hispano. Y, ya fuera por los altos de Las Arribes (o Los Arribes) o por Gredos o las sierras salmantinas, siempre sintió él muy cercana la tierra en la que habían arraigado su voluntad recia de vasco y sus afectos familiares.

Pero, como he comenzado diciendo, creo que mi lectura de Unamuno fue temprana y global, es decir, va estrechamente unida a mi adolescencia y a mi primera juventud; y esa caja con sus libros hallada en la casa de mis padres, lo prueban. Incluso están los ejemplares de aquellos libros suyos por los que el férreo obispo Pildain consideró a Unamuno "hereje y maestro de herejes". Me refiero a *El sentimiento trágico de la vida* y a *La agonía del cristianismo*, libros que todavía en 1967 creo que no habían pasado el control de la Censura y hubo que buscarlos en colec-

ciones extranjeras. Pero a mí me parecía que, en aquellos dos libros concretos, asomaba el mismo Unamuno del resto de sus libros, pero más traspasado por la "razón"; aquella razón que ahogaba el sentimiento; una resistencia o tensión cerebral que también se apreciaba en sus poemas, más inclinados al pensar y a la ausencia de ritmo que al sentir y a la música; aunque él daría en uno de ellos con una frase ejemplar para buscar el punto medio de la creación inspirada: "Piensa el sentimiento, siente el pensamiento".

Ahora, a veces, me gusta entreabrir aquí y allá los dos volúmenes de *Mi vida y otros recuerdos personales*, recopilación de artículos publicados en los periódicos de España y América en los que, sobre todo, él dejó transparentar su vida cotidiana. Muy pocos meses antes de su muerte, nos encontramos con el último de ellos, que a su vez se cierra con una especie de desplante muy unamuniano: "¿Conferencias? Dénlas otros. Y, aunque nada confieran, quédense luego tan anchos, tan orondos y tan campantes. Yo, a estrecharme y a recogerme". El escritor, en estas palabras finales, intuía ya ese "viaje hacia dentro" que tanto persiguió en vida y que sólo conducía a la muerte. La muerte, frente a la cual él mantuvo -por lógico y necesario afán de trascendencia- una gran rebeldía en su vida.

(*) Escritor.
 Premio Nacional de Literatura



En 1904, José Gutiérrez Solana había abandonado, sin obtener el título, sus estudios artísticos en la Escuela de Bellas Artes de San Fernando de Madrid, donde había tenido de condiscípulos, en los cuatro años que permaneció en ella, a Victorio Macho y a Roberto Domingo, entre otros. Desde ese año se lanza a pintar, a escribir y a exponer incansablemente. De la primera, la de 1904 podemos recordar las palabras de Vázquez Díaz: "Por aquel entonces se convocaba la Exposición Nacional y me decidí a concurrir. Así conocí a Solana. Porque nos hicieron algo peor que rechazarnos: enviar nuestros cuadros a la llamada sala del crimen, a la que se envía a los pintores considerados como malos. Yo recorrí toda la exposición y no encontraba mis cuadros... Un amigo me advirtió que me faltaba por ver la citada sala. Y allí fui. Un pintor mexicano me presentó a Solana..."

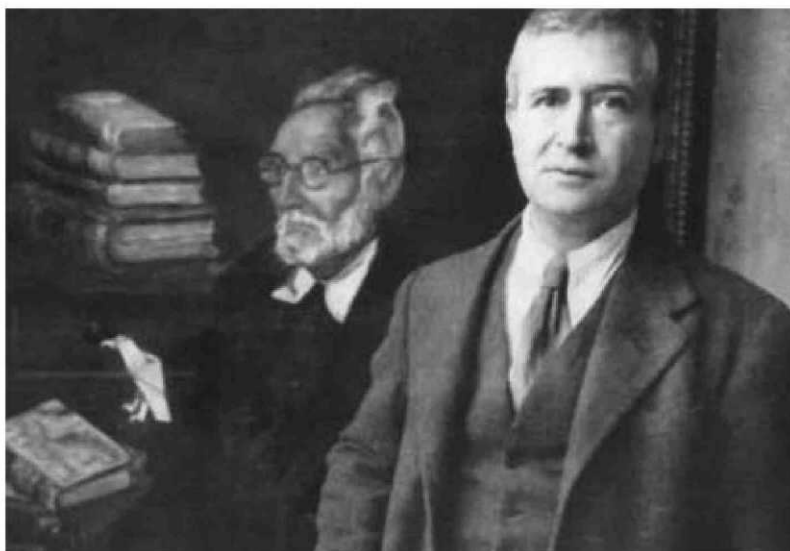
Uno de los organizadores más activos del homenaje al pintor fue su condiscípulo Victorio Macho, el gran escultor, amigo siempre de Solana. Macho cursó las invitaciones y una fue destinada a Unamuno, admirador del pintor. Don Miguel no puede asistir y escribe a Victorio Macho una carta, hasta ahora desconocida e inédita, de la que extraemos un fragmento por su interés:

"Sr. D. Victorio Macho. Madrid.

Sé que estuvo usted, mi querido amigo y escultor -mi escultor quiero decir- aquí en Salamanca, cuando yo me hallaba en su Palencia. Y también mía. Y hasta por tener tres nietas, palentinas. Vino usted, me dicen, a ver dónde y cómo emplazar la espléndida escultura que me ha hecho. Y a ver si una vez emplazada allí, donde he dado mi último curso oficial, me dejan en paz turistas, nacionales y extranjeros, entrevistadores, enquisadores -o sea inquisidores- y se contentan con contemplar mis retratos y leer mis obras, retratos también. Porque créame, querido amigo, que estoy pensando en serio, en declararme en huelga como monumento nacional. Y que se queden esos otros monumentos para los curiosos más o menos pertinentes.

Y precisamente cuando andaba en decirle todo esto acabo de recibir la invitación que me envía para ese homenaje que van ustedes a rendir al gran pintor José Gutiérrez Solana -al que le llaman 'el pintor más auténtico de la España actual'- y que firman personas de las que en más comunión espiritual me siento. Añadan ustedes que he recibido hace poco una comunicación del Ministerio de I. P. y B. A. en que se me dice que el ministro, mi íntimo y óptimo amigo, de claro, noble y generoso ánimo, E. Filiberto Villalobos, le ha encargado a nuestro Solana que el retrato que está comprometido, por no sé qué premio, a pintar sea el mío. Considero grandísima honra que en éste mi ya casi oficio de modelo sirva de tal para Solana.

Hasta catorce retratos al óleo se me han hecho desde el primero -único en mi poder- que me hizo en nuestra (f.) Bilbao Manuel Losada. Entre ellos los de Zubizarre, Vázquez Díaz, Sorolla, Zuboaga, Mezquita y Juan Echevarría, que con usted, amigo Macho, coincidí en Hendaya, y siete más, tres de no españoles. Si se me pusieran los catorce en una sala para que los contemplase a veces como si uno se mirase en catorce espejos, me temo que, como me sucedió en el manicomio de las Cortes de Barcelona -lo conté hace poco-, al preguntarme un pobre loco (?) si era yo el Unamuno auténtico y no el que viene en los papeles, empezaría a dudar de sí, en efecto, soy yo, el que me veo a mí mismo, en mi hecho mi espejo, el auténtico.



UNAMUNO Y LOS TRES RETRATOS DE SOLANA

RICARDO LÓPEZ SERRANO (*)

Lo que sí me atrevo a predecir es que el que me pinte Solana será tan auténtico por lo menos que el que en mi interior me pinto yo.../...

.../... Y sin más reparta abrazos entre todas y dos, muy apretados, para Solana y para usted, mi querido Victorio, de

*Miguel de Unamuno
 Salamanca, 4-VII-1934*

Solana y Unamuno ya se conocían seguramente por haber coincidido en algunas de las tertulias de café, tan frecuentes entonces, que el pintor frecuentaba y Unamuno no dejaba de visitar en sus viajes a Madrid. Pudo ser en la del Café de Levante, en la del Nuevo Café de Levante o en la famosa del Café de Pombo. Aunque, a lo mejor la relación entre ambos superaba el mero conocimiento y ya se acercaba a la amistad. Lo que es indiscutible es que Solana admiraba a don Miguel, cuya vida ya conocería de oídas seguramente porque no parece probable que el pintor, en sus no abundantes lecturas, hubiera leído al rector; su cultura debía de ser más bien de tertulia. Solana respetaba las ideas y la postura política de Unamuno (ambos tenían la creencia de la utilidad de decir las verdades) pero no su vinculación con la Generación del 98 contra la que Solana lanzó furibundos venablos literarios. Unamuno, a su vez, supo apreciar lo que de irreductible y sincero testimonio y de honda calidad plástica había en los cuadros del pintor.

En la carta se dice que Solana tenía pendiente con el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes la realización de un retrato cuyo sujeto estaba aún por determinar. Seguramente este encargo procedía del Concurso Nacional de Retratos de 1933, en el que Solana obtuvo el primer premio pero no por un retrato de Unamuno, como afirman algunos estudiosos (los tres que le pintó Solana son de 1936), sino por *El bibliófilo*, para el que sirvió de modelo Manuel, el hermano del pintor y

su ángel de la guarda. El encargo, pues, ministerial no está concretado en las fechas del homenaje y en su determinación es donde interviene don Filiberto Villalobos, a la sazón ministro del ramo. Realización y personaje se concretan oficialmente en 1935 y Solana pinta el retrato (del que realiza tres versiones) a comienzos de 1936. Para la realización de la obra (o al menos para las sesiones de posado) se desplaza el pintor a Salamanca. Así consta en la primera de las versiones del retrato donde, junto a la firma, se concreta: Salamanca-Madrid, 1936. En las otras dos versiones aparece la firma y la indicación: Madrid, 1936.

Solana fue, pues, a Salamanca en los primeros meses de 1936, pero no es la primera vez que visitaba tierras charras. Debió de ir antes de 1928, año en que publica *La España negra*, libro en el que aparecen algunas frases sobre Salamanca y Alba de Tormes. El pintor realizaba amplios periplos por la geografía del centro mesetario y la visita a ambas localidades debió de realizarla en el mismo viaje que las de Ávila y Zamora. De las calles salmantinas dice que, como las de Valladolid, "huelen mucho a cera e incienso y se parecen mucho a Salamanca en su parte religiosa jesuítica, pues hay varios colegios aquí y allí de esta casta y plaga nefasta".

Solana repite visita a Salamanca por segunda vez cuando va a tomar apuntes para el retrato de don Miguel. De las sesiones de posado se conoce alguna anécdota, como la que cuenta Ramón Gómez de la Serna en su biografía de Solana: "Estaba pintando el retrato de don Miguel de Unamuno que estaba más cascarrabias que nunca, meses antes de la hora trágica de España. Por cierto que Solana, que me dio la fotografía de ese cuadro, inédito hasta hoy en la publicidad, me dijo: 'A don Miguel hay que pintarle con el pelo alborotado... Un día me vino muy peinado de la peluquería y le dije: 'Así no es usted'. Y

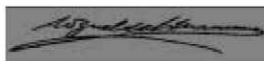
esa tarde no di una pincelada en su retrato".

Las tres versiones del retrato fueron pintadas en los primeros meses de 1936, antes por tanto de que estallara la Guerra Civil, y deben de ser los retratos que cierran la larga lista a la que se refiere don Miguel en su carta, pues muere el último día de ese año y, desde junio al menos, no estaba la paleta nacional para retratos. En las tres versiones, pero sobre todo en las dos últimas, se nota el gesto cascarrabias que Serna achaca a Unamuno o el de preocupado ojo avizor que la realidad de España le provocaba. El escritor descansa de su lectura, más con cólera que con meditación, más airado que serio y, por supuesto, despeinado. La cara del retratado se modifica algo en las diversas versiones siendo más expresionista en las últimas.

Los tres retratos que Solana pinta de Miguel de Unamuno son variantes del mismo, iguales incluso en tamaño (140 x 118 centímetros). En los tres, el escritor está sentado en el centro de una habitación, en un sillón frailuno. El puño del brazo derecho está sobre su rodilla y el brazo izquierdo, apoyado sobre el del sillón, sostiene un libro semicerrado; el dedo índice entre las hojas marca la página. Al lado, una mesa sobre la que reposan libros y una de las pajaritas de papel que tanto gustaba pegar al filósofo. En la primera de las versiones la pared del fondo está desnuda, pero en las otras dos se enriquece con una cortina que cierra el extremo izquierdo de los cuadros y con sendos paisajes incompletos que cierran el ángulo superior derecho según la fórmula compositiva de cuadro dentro del cuadro: la ría de Bilbao en la segunda versión y Salamanca en la tercera. La disposición de algunos libros sobre la mesa también es diferente en cada una de las versiones.

No hay datos para saber por qué Solana pintó tres retratos de Unamuno. Seguramente debió de ser por su admiración por el filósofo o para hacer dedos pero no por encargos, salvo el oficial de la primera versión. Sea como fuere, la historia de los tres retratos es un tanto rocambolesca, sobre todo la de la primera versión. Ésta, la oficial, que fue Premio Nacional de Pintura en 1936, viajó ese mismo año a Pittsburgh, donde se expuso en *The 1936 International Exhibition of Painting*, Carnegie Institute de octubre a diciembre. El cuadro, junto con otros 17, no fue devuelto a España sino que fue prestado por el Carnegie Institute para ser expuesto en la Gacete des Beaux Arts de París en 1938. Se ve que en Pittsburgh querían aprovecharse del río revuelto de la Guerra Civil. Hubo que reclamar la devolución no sin mediar arduas gestiones del periodista Víctor de la Serna; se logró y el pintor escribió una carta agradecida al periodista con fecha de 13 de julio de 1939. Una vez devuelto el retrato, los hermanos Solana, vueltos también de su exilio en París, fueron al Ministerio de Educación Nacional a entregarlo, pero las autoridades competentes dieron largas a la recepción del cuadro y renunciaron a la posesión. Al fin y al cabo era un retrato de Unamuno, oficialmente en aquellos días una de las encarnaciones de Satanás. Como resultado, el propio Víctor de la Serna se lo compró al pintor por 6.000 pesetas.

(*) Escritor



UNAMUNO EN TEATRO

EMILIO DE MIGUEL MARTÍNEZ (*)

Pudiera creerse que participar en un homenaje implica la obligación de alabar al homenajeado. Desde luego no tiene por qué ser así si el celebrado es Miguel de Unamuno. En efecto, quizá el mejor tributo a un espíritu tan rebelde y libre como fue el suyo es aprovechar cualquier ocasión para polemizar con sus planteamientos.

Al grano. Es mi propósito recordar que Miguel de Unamuno, triunfador y domador de distintos géneros literarios, no fue capaz de domesticar al teatro. Cosa distinta es que él mismo fuera autor e intérprete de una biografía tantas veces teatral y provocadora, vivida y exhibida cara al público. En escenarios, de otra parte, muy solemnes: la cátedra universitaria, su despacho de rector, el palacio real donde recibiría condecoración de manos del monarca... Pero que estas referencias a sus interpretaciones públicas no atenúen la crudeza de mi observación: con el teatro no pudo. Más directamente, fracasó en su intento de ser alguien en el teatro español.

Estudioso durante mucho tiempo del porqué de este desencuentro, he pensado que confluyen distintas causas: su ambición, deficientemente resuelta, de actualizar mitos clásicos; su afán por trasvasar todo un caudal de propuestas filosóficas, ontológicas, religiosas y estéticas a un género que, entre nosotros, rara vez ha sido o es cauce de reflexiones; su desconocimiento de los mecanismos estrictamente fabriles que necesariamente ha de utilizar un autor para elaborar un artefacto teatral que funcione cabalmente sobre las tablas...

Pero quizá arriesgo menos en mi análisis si, en vez de exponer hipótesis personales para explicarme su fracaso en el teatro, me limito a dar voz al propio Unamuno -él no se haría de rogar, desde luego-. Comprobaremos entonces, por ejemplo, que su afán por sobrecargar de contenidos ideológicos el teatro que escribía le llevó al error de entender que los recursos teatrales, la parafernalia escénica que resulta imprescindible para que un texto llegue al público, no solo no eran una ayuda sino que directamente se alzaban como impedimento para sus fines: "El espectáculo, llegó a escribir, en vez de realzar, deprime a la literatura".

Años después, un pensador de trono, Ortega y Gasset, buen catador de artes y literatura, en uno de sus acercamientos al género teatral, no era menos contundente que Unamuno a la hora de dar al texto teatral la enorme importancia que tiene. Comentando Hamlet, afirmaba enfáticamente que cuanto hace de esa creación la maravilla psicológica y dramática que todos admiramos puede ser percibido y apreciado por nosotros, y en plenitud, a través de la lectura individual y sosegada. Ocurre, eso sí, que, tras anotar ese paralelismo básico entre Ortega y Unamuno en su exaltación del texto teatral, comprobamos de inmediato que desembocan en postulados diametralmente opuestos. El escritor vasco sentenciaba: "Cuando se habla mucho de un drama o comedia, espero a que los publiquen y los leo tranquilamente en casa sin que el arte escénico me perturbe la comprensión estética de la obra literaria.



Me libro así de un engaño". Por el contrario, el intelectual madrileño exigía: "Es preciso que la obra escénica consista primordialmente en un suceso plástico y sonoro; que sea un hecho insustituible ejecutado en la escena. Entonces no tendremos más remedio que salir de casa para ir al teatro, so pena de renunciar a un placer intransferible". El Unamuno que se cegó en ver el teatro sólo como discurso y ejercicio intelectuales, optaba por un consumo reducido a la lectura al calor de la chimenea.

Ortega, que supo valorar cada una de las artes en sus dimensiones, en sus posibilidades, en su grandeza, sin enfrentarlas estérilmente, resolvía sumar al gusto de la lectura individual, el deleite de la representación, que no sólo no resta sino que multiplica los valores del texto.

Si he recurrido a Ortega, quizá haya sido para que su potencia intelectual dé fuerza a este simple apunte de observaciones, con las que deseo subrayar, sin paliativos, la incapacidad de Unamuno para someterse a las exigencias de la construcción teatral, para aceptar las concesiones que el autor, sin menoscabo de su calidad literaria ni de su fuste ideológico, debe hacer cuando decide expresarse por ese cauce, si quiere que las gentes del teatro (empresarios, actores, público) le acepten en sus predios. Fiel a aquel orgullo que tanto marcó su trayectoria en tantos otros aspectos de su vida, y específicamente

en el forcejeo con el resto de géneros literarios, en el caso del teatro se enroscó en un ideal de supuesta desnudez estética, que en verdad no pasaba de ser simple impericia técnica. Acusó a los estamentos teatrales de incapacidad para romper el conformismo y las inercias que les invalidaban para atreverse con las propuestas que él ofrecía: "Les he hecho saber (a cómicos y danzantes) que no escribo a la medida de sus gustos o de sus habilidades.

Para esta labor de confección dramática, ahí está Marquina, que recorta papeles a la medida y talla de la Guerrero". Su grado de enfrentamiento y ruptura queda definitivamente reflejado en la soberbia que le lleva a acunarse el más destemplado de los propósitos: "Más que hacer dramas para el público, quiero hacer público para los dramas".

Ninguna revolución es fácil y no lo es, desde luego, en el acotado campo de la estética. Conviene recordar, por ejemplo, que

el hoy tan venerado teatro del absurdo solo se abrió camino entre abucheos e incomprensiones en teatrillos de las afueras de París. Pero el fracaso de Unamuno en su afán por llevar a los escenarios españoles la originalidad de sus propuestas teatrales, no creo que se deba tanto a la incomprensión de unos públicos ciertamente varados en las tediosas fórmulas benaventuradas, cuanto al empeño de Unamuno por escribir obras sin tributar debidamente a

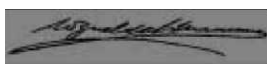
las exigencias formales de la construcción teatral. Tuvo muy claro a qué se oponía, pero careció de técnica, de habilidades, para que sus propuestas alternativas tuvieran alguna posibilidad en el género que pretendía regenerar.

No buscaré un final complaciente para reflexiones como las expuestas. Diré, eso sí, que estudiar el teatro de Unamuno y sus opiniones sobre la naturaleza del arte escénico: de pocos dramaturgos, triunfantes o no, puede proclamarse lo mismo.

Y algo más. Si hablé más arriba de escenarios solemnes en que Unamuno se representó para su público en pasajes importantes de su biografía, al conmemorar ahora su desaparición, es obligado recordarle en su última actuación. En el Paraninfo de su universidad, con el público más hostil que pueda imaginarse, o más exactamente contra ese público, improvisó sobre el guión de unos apuntes apenas garabateados su último papel. Escribiendo teatro -y ese fue uno de sus defectos- nunca pudo distinguir entre autor y personajes, nunca consiguió dar autonomía a sus criaturas literarias (olvidando aquel axioma de A. Chejov: "La obra no será buena, si todos los personajes se parecen a ti"). Y, claro, en esa su última representación siguió fiel a su querencia. Se interpretó a sí mismo. Pero lo cierto es que, al recordarle defendiendo lúcida y heroicamente la inteligencia ante y contra quienes la execraban, proclamándose entusiastas de la muerte, el crítico, este crítico, no formula esta vez objeción alguna. Sólo aplausos fervorosos y, a pleno pulmón, algún "bravo", vibrante de admiración y ronco de dolor.

(*) *Catedrático de Literatura Española de la Universidad de Salamanca*





FE EN LA PALABRA

JULIÁN S. ESTEBAN (*)

De todas las fotografías de la agencia Efe que se conservan sobre la Plaza Mayor sin duda la de la proclamación de la Segunda República es la que concita más atención. La imagen recoge el momento en que se iza la bandera tricolor en el balcón de Ayuntamiento, en el que puede apreciarse a Unamuno rodeado de un buen número de personalidades. Ese hecho, que representa como ningún otro su compromiso con el nuevo orden institucional, da fe igualmente de las contradicciones que acompañaron a don Miguel a lo largo de su vida. Fervoroso defensor de la causa republicana, la marcha de la cosa pública le llevó a criticarla abiertamente a pesar de los honores y parabienes que políticos y pueblo le profesaron durante su vigencia. Pocos intelectuales de la época pudieron presumir de tan vastos reconocimientos como él y, sin embargo, su discrepancia con ella poco a poco se hizo tan grande que no había artículo o declaración en que no pusiera de manifiesto los errores en que se estaba incurriendo.

Y así con todo. Su vida fue una constante revisión de planteamientos, precisamente por su preocupación por la búsqueda de la verdad material. Tanto, que nunca dudó en variar sus tesis ni sus afectos cuando creía que estaba haciendo lo correcto. Una de sus primeras transmuciones fue la de pasar de religioso de misa diaria a agnóstico declarado, para tornar a la fe en la última etapa de su vida. De igual forma, de activo militante socialista pasó a darse de baja en el partido cuando entendió que la coalición con el resto de la izquierda en el Frente Popular era un error imperdonable.

Ese ir y venir de las ideas en perpetuo enfrentamiento hizo del pensamiento de Unamuno su más valioso legado porque de la pugna surgieron sus obras más importantes. Y ello influyó igualmente en su carácter. En confluyentes y muchas veces airadas reacciones seguramente no eran más que la cortina que ocultaba su interna discordia. De las numerosas anécdotas que dan cuenta de la adustez de su trato, destaca la que protagonizó junto a mi querida tía Carmen. Corrían los años de la República cuando algunas jóvenes decidieron ingresar en una orden religiosa y continuar sus estudios en la Facultad de Letras. Y como quiera que los tiempos no estaban para lucir hábitos, las novicias con Carmen a la cabeza decidieron consultar a don Miguel cómo debían ir vestidas. El rector, en una de sus famosas salidas de tono respondió sin inmutarse que en su clase prefería monjas que adefesios. Y se quedó tan ancho.

Sea como fuere, siempre pensó que la palabra tenía que ser el único vehículo de confrontación humana. Testigo en primera persona durante su niñez de la crueldad de

las guerras fratricidas, su primera novela, *Paz en la guerra*, recrea lo vivido en aquella época y constituye el primer alegato de la doctrina pacifista que poco a poco convirtió en una de sus obsesiones, precisamente por la desconfianza de don Miguel hacia los propios españoles, a los que creía muy capaces de enzarzarse en una o veinte guerras por la defensa de la causa más nimia. La idea toma cuerpo en uno de los personajes del libro, Pedro Antonio, veterano de la segunda guerra carlista que siempre tiene a mano una retranca pacífica que su esposa Josefa Ignacia nunca acaba de creerse, porque cree más fuerte su amor a la guerra que a la estabilidad del hogar y la vida sosegada.

Ese temor permanente al posible conflicto por el enfrentamiento de las dos o las múltiples Españas, le llevó a ser el intelectual que más pronto alertó del futuro estallido de la guerra civil y de sus consecuencias. Su contundente adhesión al "no es eso, no es eso" de Ortega venía avalada por escritos anteriores expresando la misma teoría de la radicalización, hasta el punto de que un par de meses antes de la publicación del artículo de nuestro filósofo contemporáneo más universal el rector no había dudado en expresar sus mismas dudas, llegando incluso en algún escrito a llamar a los políticos pinches y limpiabotas vitalicios. Su miedo a que la degeneración del sistema llevara a España el duelo carlista de su niñez le indujo a apoyar en su inicio el golpe militar en la idea de que podría devolver rápidamente la estabilidad perdida. Por eso cuando se dio cuenta de su error no dudó en proclamarlo aunque fuera consciente de que en ello pudiera irle la vida.

El incidente del Paraninfo no fue por tanto la airada respuesta de un ofendido

intelectual, sino la consecuencia lógica de la evolución de su pensamiento; la esperada y meditada réplica del pensador que nunca dudaba en girar cuando su conciencia le decía que debía hacerlo. Su fe en la palabra era tan fuerte que sin dudar lo tomó para pronunciar una de las frases más bellas que jamás se hayan dicho en nuestro Estudio, sólo comparables al "decíamos ayer" de fray Luis. Cuando don Miguel dijo que aquel "era el Templo de la Inteligencia y él su Sumo Sacerdote", lo hizo sabiendo qué quería expresar y a quién dirigía sus palabras. Callado habría garantizado su vida, su cargo y hasta sus prebendas, que por cierto le eran muy necesarias en aquel momento en que todavía tenía muchas bocas que alimentar. Pero su fe en ellas fue tan fuerte que prefirió pronunciarlas a sabiendas de los serios perjuicios que le acarrearían precisamente porque sus interlocutores preferían otras armas.

No hubieron de pasar más de veinticinco años para que otro alcalde valiente como él, profesor como él e intelectual como él, promoviera en pleno franquismo un acto de desagravio a su persona. Otra vez con la palabra, la sola palabra, se hizo justicia. La celebración dio pie a que de nuevo su figura cobrara en nuestra universidad la fuerza que nunca debió perder.

Mucho ha cambiado nuestra sociedad desde entonces. Como si se hubieran seguido al dictado las tesis de don Miguel, la fe en la palabra es hoy día tal que nadie se plantea dirimir diferencias sin sentarse en una mesa. El arreglo pacífico de controversias es la doctrina de cabecera de la comunidad internacional y los ejércitos occidentales han pasado a ser los garantes de la estabilidad mundial. En nuestro país no queda nada de aquellos militares

bravucones y exaltados a los que Unamuno se enfrentó con decisión en el Paraninfo. Sus incongruentes vivas a la muerte no tienen cabida en un escenario en que las Fuerzas Armadas se han convertido en la institución mejor valorada de nuestro país, precisamente por su decidida implicación en la defensa de los derechos humanos en cualquier parte del Globo. De aquellos gritos de "¡muera la inteligencia!" o "¡muera la intelectualidad traidora!" que a los efectos da igual, los militares han pasado a usar el viejo Estudio como lo que es, el Templo de la Inteligencia donde caben todas las aportaciones incluidas las suyas. Y es precisamente ese contexto es el que ahora conviene resaltar. Hace apenas unos días en el Aula Unamuno del Edificio Histórico se celebró un acto académico en el que un militar de alto rango dio una espléndida conferencia sobre la aportación de las Fuerzas Armadas a la Cultura, que comenzó con una alusión al artículo del Convenio Internacional de La Haya que obliga a España a formar a sus tropas en el respeto a la cultura y a los bienes culturales de todos los pueblos. Durante una hora el militar no exhibió más virtud que su inteligencia, más poder que su conocimiento y más arma que su palabra, cualidades que nuestro perpetuo rector no habría dudado en alabar de haber estado presente. Desde luego no sabemos si Unamuno habrá escuchado las palabras del coronel Martínez Oliva, pero a fe que la testa esculpida por Casillas que preside la sala parecía seguir con interés el disertar del conferenciante, que poco o nada tenía que ver con el héroe mutilado que se hizo oír sin permiso hace setenta y cinco años y cuyas palabras sólo merecen el olvido.

(*) Abogado





Entre todos los términos posibles para designar la actividad desarrollada por don Miguel durante los cincuenta y dos años que impartió clases: docente, profesor, catedrático, maestro, educador, preceptor, pedagogo o instructor, Unamuno prefirió siempre ser llamado maestro, por lo que esa palabra significaba en el ámbito escolar y fuera de él, dejando este desecho escrito varias veces a lo largo de su vida.

Maestro vocacional añadiríamos nosotros, porque Unamuno no podía haber sido otra cosa que profesor. Vocación que llevó más allá de las aulas, haciendo de su obra un foro de concienciación y cultura, donde la inquietud por la enseñanza y su tenaz empeño en educar fue el sustrato que alimentó cada una de sus páginas.

Vocación que se hizo realidad cuando el futuro rector apenas tenía 20 años y comenzó a dar las primeras clases particulares en su casa de la calle de la Cruz sobre diferentes materias como ética, filología, lógica, latín, inglés, español y filosofía, tras obtener el doctorado en la madrileña Universidad Central, combinando estas clases durante siete años con su participación en oposiciones a cuerpos docentes de la Administración pública, hasta que ganó la cátedra de Griego de la Escuela salmantina en 1891, donde permaneció, con ciertas dudas, hasta el fin de sus días.

Durante los treinta y nueve años de enseñanza, antepuso a cualquier otra ocupación su actividad docente, alejada de comportamientos escolares al uso, sencillamente porque no actuaba en clase como el resto de sus compañeros. Actitud que engrandecía su magisterio porque las lecciones que impartía no eran "magistrales", ni leía las explicaciones en clase. Por eso, al llegar a la Universidad sorprendió a colegas y alumnos con el aire nuevo que traía, desconcertante para todos los miembros de la comunidad educativa, pues en el Estudio los hábitos educativos obedecían a patrones tradicionales fuertemente asentados en la tarima. Tampoco era habitual prolongar las *dases* más allá del aula, en claustros, pasillos, patios y aceras, llegando incluso hasta su despacho doméstico, donde los alumnos iban a aprender idiomas y recibir ideas lejanas de los libros.

El soplo liberal que tanto necesitaban las aulas salmantinas fue dado por Unamuno con cierto coste personal debido a la oposición frontal que sufrió por parte del integrismo tradicional dominante. Su condición de vasco, joven, liberal y socialista, contribuyó a las hostilidades; los artículos como publicista multiplicaron las críticas; la proximidad a profesores progresistas le separó de la mayoría de claustrales; y su compromiso con la verdad fue causa de múltiples alejamientos personales.

Autoridad de maestro, muy diferente a la del militar con mayor graduación, porque basaba su liderazgo en la competencia personal y el amor a la enseñanza. Los discípulos pedían maestros a quienes poder imitar en el aula y fuera de ella, y Unamuno ejerció el magisterio sin vocación de caudillaje, poniendo como base a la condición de maestro la propensión a ser discípulo, a ser siempre alumno, eterno aprendiz. Así llegó a ser padre de una inmensa prole intelectual, diseminando por el mundo innumerables "hijos espirituales" alimentados con su doctrina y compromiso moral, a los que transmitió lo mejor de sí mismo, haciendo vocación en sus discípulos.

Enemigo de la Pedagogía como propuesta metódica de actuación, fruto de especulaciones teóricas sobre la realidad docente, llegó a tildarla de espantajo, considerando que la mejor pedagogía nacía del amor, elemento que borraba toda huella de método formal. Con esta base, transmitía a sus alumnos la

UNAMUNO, MAESTRO

FRANCISCO BLANCO PRIETO (*)



pasión por la enseñanza y el heroico furor del magisterio, dándoles al mismo tiempo ejemplo de entrega y compromiso. Igualmente, mantuvo la idea-eje de que la enseñanza era el mejor método de aprendizaje, junto a la convicción de que en España no había que enseñar, sino despertar el apetito por aprender, llegando a decir que la pasión de enseñar no era sino la pasión por aprender, mariando profesor y alumno en un empeño común, pero sin negar la necesidad del esfuerzo personal en el aprendizaje, y afirmando que "aprender jugando", acababa siendo "jugando a aprender".

Durante los años de magisterio universitario, fue Unamuno titular de las cátedras de Lengua Griega (1891), Literatura Griega (1899), acumulada de Filología Comparada del Latín y el Castellano (1900) e Historia de la Lengua Castellana (1930). Tanto en el edificio antiguo, como en el Palacio de Anaya a partir de 1933, impartía sus clases de noventa minutos por la mañana, con una regularidad poco común, siendo un ejemplo de puntualidad y cumplimiento de obligaciones docentes, tomando la asistencia a clase como un deber religioso inexcusable.

Transformaba Unamuno las lecciones en monólogos cordiales que llegaban en algunos casos a convertirse en charlas abiertas con intercambio de ideas. Igualmente, solía dar la clase sentado en la mesa y sin nota alguna, pero no faltaban ocasiones en las que paseaba por el aula con las manos cruzadas en la espalda, engolfadas en los bolsillos de la chaqueta o colgadas en la solapa. Raras veces dio clases con principio, medio y fin, que duraran exactamente una hora, enfrentándose a todo lo que fuera método y técnica, a todo lo que destruyera la espontaneidad y creatividad, hablando en ellas de cuanto los alumnos sugerían prolongándose muchas veces las lecciones por la galería superior de Anaya, más allá del horario académico y del recinto escolar. Y no sólo pasaron por el aula los alumnos, sino otros amigos y compañeros del claustro como Meneu, Cañizo, Población, Sáez, Pinilla, Maldonado, Íscar Peira, obreros y estudiantes de otras facultades.

Remover las mentes de quienes escucha-

ban sus palabras fue la tarea que con más

éxito, entrega y sabiduría realizó don Miguel a lo largo de su vida. En su cátedra no sólo enseñaba la materia encomendada, sino que disciplinaba y avivaba la mente de los alumnos, evitando engolfarse en eruditas disquisiciones sobre este o el otro punto de Filología o Literatura helénica. Fue su labor inquietar espíritus, porque era inútil sembrar trigo si antes no se araba y abonaba el suelo.

Despertar los espíritus dormidos, romper las almas anquilosadas, activar la monotonía intelectual, triturar el aburrimiento vital, renovar la vulgaridad mental y estimular el ambiente cultural, fueron ocupaciones diarias de este inconformista. La conmoción intelectual que producían sus palabras en los alumnos provocaba el derrumbe en ellos de las viejas creencias que habían alimentado su infancia, renovándose con doloroso placer ideas labradas en la adolescencia, marcadas por secretos que no eran tales a la luz de sus palabras. Pedía a los estudiantes libertad de pensamiento, imaginación creativa e inconformismo intelectual para cuestionarlo todo, poniendo en tela de juicio lo que pareciera más asentado y axiomático, sin aceptar postulado alguno si querían gozar de una visión real de la vida, dándoles responsabilidades intelectuales no siempre alcanzables y pidiéndoles tolerancia, ajena a todo dogmatismo.

Antes que maestro ilustrado; por encima de ser profesor de Griego o de Historia del Castellano; más allá de toda condición, fue removedor de conciencias, en lucha constante contra la somnolencia, el conformismo y la sumisión. Un hombre en permanente guerra civil, que instruía a los alumnos en todo aquello que contribuyera a su formación integral.

Dejábanle los exámenes en el alma una estela de pesar y desconfianza, un dejo de amargura, llegando a calificarlos como espectáculo deprimente, conferencia suprema y triste farsa oficial. Consideraba don Miguel que la única ventaja de los exámenes ante tribunal era que servían para examinar a los profesores, pues en ellos podía verse qué sabía cada uno de su materia, qué había explicado en clase durante el curso, cómo lo había explicado, si había concluido el programa y cosas simila-

res, que permitían "inspeccionar" al profesor.

Firme defensor de la disciplina académica, se opuso a toda huelga, pero siempre fue contrario a sanciones y castigos. Pedía el maestro Unamuno a sus alumnos que fueran aplicados, pero no competitivos. Rebeldes contra las injusticias, pero respetuosos en las demandas. Críticos con los profesores, pero cumplidores de sus obligaciones. Veraces en sus palabras, pero educados en las réplicas. También les pedía que se olvidaran de ellos mismos, porque nada valían, y miraran a la obra por hacer, tuvieran fe en ella y se lanzaran a su conquista.

Fueron los jóvenes quienes alentaron su espíritu de lucha, vivificando en él la permanencia para evadirse de las oscilaciones del espíritu, y quiso siempre vivir entre ellos vivificando su juventud, fundando este anhelo de recuerdo en una testimonial frase, resumen de sus aspiraciones: "Son otros, son nuestros hijos espirituales, son nuestros discípulos, los puestos por Dios para decir nuestras mejores palabras".

Es fácil concluir que Unamuno cumplió con sus obligaciones docentes en el aula y fuera de ella. Leal a su profética misión de enseñar educando. Sincero en sus planteamientos y honesto en sus actitudes. Cortés, amable y educado en gestos y modales. Riguroso cumplidor del horario, eficaz gestor de actividades en el periodo lectivo y, finalmente, sabio como pocos lo han sido en los ochocientos años de historia de la Universidad salmantina, con una erudición apabullante.

Confraternizó con los jóvenes en íntima relación, desconocida en la época e infrecuente en el resto de profesores, permitiéndole acceder a espacios de intimidad personal comparables a la relación paterno filial, abriéndoles las puertas de su casa donde eran bien atendidos, resueltas sus dudas, aconsejados con afecto paternal e instruidos en materias ajenas a la disciplina que les unía en clase. En torno al brasero doméstico le oyeron recitar poesías, supieron de antemano el contenido de sus artículos, y recibieron clases de inglés, francés y alemán, sin especulación económica alguna ni más interés que mejorar su formación.

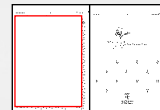
Maestro-maestro, maestro-padre, maestro-amigo, maestro-confidente, maestro-consejero, eso y mucho más fue don Miguel para sus discípulos, siendo correspondido con el afecto y gratitud de quienes tuvieron la suerte de ocupar asientos en su clase.

Tolerante con toda idea por divergente que ésta fuera; crítico con los proyectos de dudoso éxito; liberal en sus actitudes, posturas y pensamiento; y polemista intelectual que no tuvo reparos en debatir con los alumnos sobre cuestiones ajenas a la cultura helénica o la lengua castellana.

Fue también el maestro Unamuno espejo donde pudieron mirarse los alumnos sin temor a ver deformada su imagen por hechos, gestos o palabras ajenas a la ética más estricta y a la verdad más pura. Como despertador de esperanzas dormidas, supo zarandear las estructuras mentales anquilosadas para hacer temblar los pilares impuestos por la cultura dominante. Turbador de mentes complacientes, revolución del pensamiento acomodado a la rutina por falta de alternativas convincentes. Sentidor de emociones conmovidas, logró excitar la imaginación de inteligencias amodorradas a causa de menesteres reducidos al ámbito de lo vulgar.

Todo eso fue el maestro Unamuno antes de esconderse en el pecho del padre eterno, dejándonos, como lema de lucha, la defensa de la verdad por encima de la paz.

(*) Escritor. Autor del libro 'Unamuno, profesor y rector de la Universidad de Salamanca'



DOS RELATOS DE D. MIGUEL DE UNAMUNO

AGUSTÍN SALGADO (*)

Un hallazgo de Ernesto Mejía Sánchez daba a conocer en marzo de 1967 (*Revista Insula*, núm. 244, pág. 20, con un bello dibujo de la pintora mexicana Elvira Gascón) el relato de Miguel de Unamuno titulado *De beso a beso*, no recogido por el autor en ninguno de sus libros ni en sus *Obras completas* hasta entonces publicadas. Quizás el autor no lo consideró perdurable. Ignoro si posteriormente a esa fecha ha sido incluido en alguna antología de sus textos. Por mi parte no he sabido encontrarlo. Se publicó el citado relato en la *Revista Moderna*, segunda quincena de julio de 1903, número 14, págs. 214-217.

El segundo de los relatos a que hacen referencia estas letras se incluye en el volumen *El espejo de la muerte* (Espasa-Calpe. Colección Austral, sexta edición, núm. 199). Se publicó por primera vez en la misma colección en mayo de 1941, y lleva por título *El sencillo don Rafael (cazador y tresillista)*. Espejo de la muerte cuando en realidad es espejo de la vida, de las vidas que transitan por ellos. Recibe el título del primero de los 27 relatos de que consta el volumen, de heterogéneo contenido con un nexo común: la hondura, la riqueza de matices de su prosa y el poderoso aliento poético.

El hecho de escoger estos dos relatos para este sentido homenaje a don Miguel es el de que en ambos se dan curiosas similitudes, y también no menos interesantes semejanzas.

En sustancia, el asunto del relato *De beso a beso* es del siguiente tenor. El protagonista, Carlos, abandona la ciudad y se "ampara en el campo" por ver si cura su melancolía, su alma herida, quizás por un revés amoroso, y "dejó el alcohol urbano por la leche campesina". ¿Tenía problemas de alcoholismo? Se instaló en su casita del pueblo y toma a su servicio un mozo para que lo sirva. Por fuerza tuvo que relacionarse con el cura, el médico y el maestro, pero rehusó concurrir a las sesiones de tresillo del que se supone es jugador, para corretear por el campo a conversar con las encinas, a dibujar el campo. Socorría a menesterosos a los que ayudaba a manos llenas con lo que irritaba a los principales porque favorecía la vagancia y jugaba y obsequiaba con chucherías a los niños. Hablaba con los mendigos y con las comadres. No va a misa, y eso de ser caritativo y no cumplir con los pre-

ceptos religiosos, corrompe la moral". Una mañana, en uno de sus muchos paseos por el campo conoce a una joven, de nombre Marcela. Al verla "empezó el corazón a martillearle el pecho". Carlos, de la impresión que la joven le produce, no puede contenerse, toma la cara entre sus manos y le da un "beso apretado y largo" entre los labios. Desde ese instante Carlos no encuentra descanso ni reposo en el campo. Se iba tras de Marcela. La joven también siente inclinación por Carlos. En el pueblo se han percatado de lo que llaman "capricho" de Carlos, y "como ni a mí ni a Marcela conviene que me la lleve", antes de que la pasión le arrastre, decide casarla con su sirviente Atilano. ¿Lo hace porque no quiere encadenar a la muchacha a una prematura viudez? Acepta Marcela en la creencia de que quizás sería una estratagema de Carlos, que "la quería casada para mayor seguridad", así que acepta al novio y la dote. ¿Para así ocultar sus amores y tapar las murmuraciones? No nos dice que haya habido conocimiento carnal. Pero ese novio buscado muere en una reyerta antes del casorio si bien "el mozo se había adelantado ya a gozar de lo que pronto será suyo". Marcela está encinta. Carlos se agrava en su enfermedad y en el lecho de muerte se casa con Marcela y "el hijo llevará mi nombre y suya será mi fortuna... tu hijo, nuestro hijo". "Juntaron las bocas y así confundidos los alientos, dio Carlos el último de los suyos". De beso a beso.

El sencillo don Rafael (cazador y tresillista), segundo de los relatos, siente en soledad resbalar las horas sobre el recuerdo de aquel amor de antaño. Pero "allá por debajo del corazón, susurro de aguas soterrañas". Su vida se justifica "con la caza y el tresillo". Amante de la naturaleza en cuanto cazador es providencialista, "hay que creer en la providencia", el azar todopoderoso. Tiene un ama de llaves que lo anima a que se case, que rechaza, aunque hay una razón que le hace pensar en ello: "morir tranquilo *ab intestato*". Es decir, morir con tener quien forzosamente lo herede.

Un día, al salir de caza, encuentra a la puerta de la calle un niño. El azar le había deparado una estupenda caza, piensa don Rafael. Decide criarlo y su médico le proporciona una nodriza: una joven soltera que acababa de dar a luz un niño muerto. Emilia se llama la nodriza. Don Rafael está dispuesto a bautizarlo como hijo suyo. "Aquí no hay

más padre ni madre que yo". Para don Rafael "ésta del azar es la más pura de las maternidades". Él, cuando juega al tresillo no va a buscar la carta para dar bola. Viene sola. Emilia tiene un novio, un bausán, a quien para evitar que la joven vuelva a caer en la tentación, don Rafael lo envía a Tucumán.

Pero Emilia está deslumbrada con aquel solterón. Emilia se ha encariñado con el crío. Y Emilia y don Rafael pasan muchas horas juntos en torno a la cuna. Y don Rafael cuando se inclina a besar al niño en brazos de Emilia roza la mejilla de la nodriza, y cuando Emilia "con alguno de los dos mellizos blancos senos, sostenido entre dos ahusados dedos índice y corazón" da de mamar al niño, y al sencillo don

rosidad es un rasgo común a Carlos y don Rafael. Si Carlos se muestra afectivo con los niños del pueblo, don Rafael no duda en hacerse cargo del niño abandonado y se niega a entregarlo al Hospicio como le aconseja el ama de llaves. El hambre de maternidad y el tema de la niñez en el universo espiritual de la obra de Unamuno.

La vida es un azar, mantiene don Rafael. Para Carlos, la vida la rige la voluntad. Ahí comienzan las divergencias. Don Rafael es sencillo, transparente; Carlos es raro, complicado. Uno es optimista, y desde la aparición de la nodriza en su vida, vitalista, además de hacer gala de buen humor. (Por cierto, ¿alguien se ha ocupado del humor en la obra de don Miguel?). Carlos, que es extrovertido, en

el amor a Marcela se muestra reprimido: no va más allá del beso que da a Marcela cuando la conoce. Quizás no quiere que su pasión le arrastre y arrastre a Marcela a una vida desgraciada debido a su enfermedad. "Así la respetaré y me defenderé de mí mismo", piensa Carlos. ¿Se sacrifica por amor y renuncia a la felicidad y al amor de Marcela, aunque sea por corto espacio de tiempo? No así don Rafael, que integra a Emilia



en su vida, que cuando canta una nana al hijo, a don Rafael aquel canto se le mezclaba con el susurro de las aguas debajo de su corazón. Ambos deben soportar las murmuraciones del entorno, si bien con diferente reacción a las mismas. Mientras que don Rafael envía a Tucumán al novio de Emilia para evitarle tentaciones a la muchacha, Carlos busca novio a Marcela para casarla. Veamos, para acabar, la divergencia en la descripción de las jóvenes Marcela y Emilia. Marcela descrita en bella y fría clave vegetal, de acuerdo quizás con el carácter e inclinaciones de Carlos. "Sus bronceados pies desnudos parecían sobre el césped como raíces de un arbusto, el tobillo un brote, dos ramas móviles sus brazos, su encendida cabellera un follaje, los ojos dos flores de cáliz profundo". Emilia es para don Rafael como "de veinte años, agitanada, con una risa perpetua en los ojos, cuya negrura realzaba el marco de ébano del pelo que le cubría las sienes como con dos esponjosas alas de cuervo, entreabiertos y húmedos los labios guinda, y unos andares de gallina a que el gallo ronda". Asoma una pizca de erotismo y pasión en don Rafael, y por ambos relatos navega el humanismo real, presente en toda la obra de don Miguel de Unamuno.

(*) Escritor. Ha publicado, entre otras novelas *'La grama'*





Unamuno, con sus alumnos Federico Onís y Licio Perdígón en 1905.

ESTAMPAS DE SU VIDA



Miguel de Unamuno, con Miguel en brazos, el hijo de Pablo.



Orla de la Universidad de Salamanca en la que aparece Unamuno como profesor de Lengua y Literatura Griega.



En el parque del Retiro madrileño, en 1915, con Tudela, Echevarría, De Onís, Viñas, Zuloaga, Bargiela, Soltura y Uranga.



El matrimonio Unamuno Lizárraga, con sus ocho hijos, ya muerto Raimundín.



En el Patio de Escuelas, delante de la estatua de fray Luis de León, durante su segundo rectorado.



Unamuno, en la Plaza Mayor, en el primer aniversario de la República, pasa revista a las tropas.



En la manifestación del Primero de Mayo, con el alcalde de Madrid, Pedro Rico, y entre Largo Caballero e Indalecio Prieto.

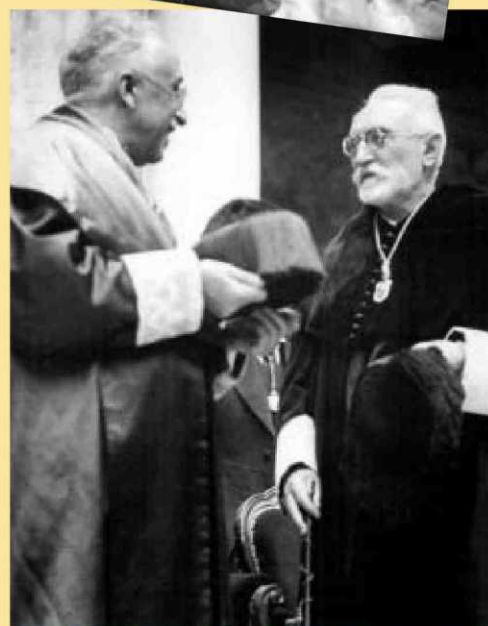
Como rector, acompañado por Casto Prieto y el ministro Fernando de los Ríos, en un acto académico en la Universidad.



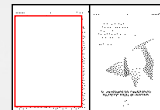
Unamuno posa para un cuadro del pintor zamorano Jesús Gallego Marquina.



De paseo por la carretera de Zamora junto a su mujer, Concha.



Niceto Alcalá Zamora habla con Unamuno el día de su homenaje nacional, el 30 de septiembre de 1934, con motivo de su jubilación.



INQUIETUDES DE UN JOVEN FILÓLOGO VASCO EN LA UNIVERSIDAD SALMANTINA

M.ª JESÚS MANCHO (*)

Miguel de Unamuno (Bilbao, 29 de septiembre de 1864-Salamanca, 31 de diciembre de 1936) sintió desde siempre inclinación por las Humanidades, vocación que le movió a elegir la carrera de Filosofía y Letras en la Universidad de Madrid, donde terminó los estudios en 1883. Un año después se doctoró con una tesis sobre la lengua vasca titulada *Crítica del problema sobre el origen y prehistoria de la raza vasca*. Este será el comienzo de una trayectoria filológica que se aprestó a defender con el vitalismo característico de su personalidad.

Como tantos otros estudiantes egresados en circunstancias parecidas -también hoy-, en tanto que *modus vivendi* personal, comenzó a trabajar en 1884 en un colegio como profesor de latín y de psicología. Si bien en 1888 compitió por una cátedra de vascuence recién creada por la Diputación de Vizcaya junto a Sabino Arana y al novelista Resurrección María de Azkue -a quien finalmente se adjudicó la plaza-, y en 1889 se planteó otras oposiciones, será 1891 el año decisivo, tanto en el plano personal -el 31 de enero se casó con Concha Lizárraga, su amor desde niño-, como en el profesional. En efecto, después de dedicar intensamente los meses invernales a la preparación de las correspondientes oposiciones, obtuvo una cátedra de Griego en la Universidad de Salamanca, a los 27 años de edad -dato escasamente homologable en la actualidad-. La toma de posesión tuvo lugar el 13 de julio ante el rector Esperabé Lozano.

A partir de entonces, el joven catedrático se integrará activamente en las distintas facetas de la sociedad salmantina, incluida la universidad, institución en la que llegó al puesto y responsabilidad máximos de rector en 1901.

La vertiente filológica de Unamuno, con ser la oficial y la que proporcionó un medio de vida y una posición social estable a él y a los suyos, es poco conocida al haber quedado relegada y oscurecida por la eminente obra filosófica y literaria de su autor.

En su *Vida de Don Miguel*, subraya Emilio Salcedo cómo enseguida abandonó Unamuno sus inquietudes helenistas para centrar su atención en asuntos filológicos españoles, los que verdaderamente le interesaban. Hay que tener en cuenta que, en el momento de terminar Unamuno la carrera, estaba pujante en Europa la Filología Románica, que había ganado ya en importancia y en método a la primitiva Filología comparada de lo Indoeuropeo. Don Miguel se sintió atraído por el empuje de la nueva ciencia, poco expandida aún en España, apegada aún a la gramática normativa de corte tradicional, y cuyo estudio no formaba parte siquiera de los planes universitarios, frente a los que protesta apasionadamente el propio Unamuno en carta a su amigo Múgica de 17 de mayo de 1892: "Pero, ¿usted no sabe que aquí se estudia en el Instituto una cosa que llaman latín y francés; griego, hebreo y árabe en la licen-

ciatura de Letras; sánscrito en el doctorado?, pero... ¡castellano! con el de la escuela basta. Un doctor en letras no tiene obligación oficialmente de entender el *Poema del Cid*... A otros, muy pocos, les parece otra vergüenza que no tengamos una cátedra de filología castellana, ni aun en el Doctorado de Letras". (Apud Sergio Fernández Larraín, *Cartas inéditas de Miguel de Unamuno*, Santiago de Chile, Zig-zag, 1965. p. 172).

Es en este marco donde hay que inscribir su interés por la Historia de la Lengua Española, ausente, como también la Filología Románica, de los planes de estudio y, por consiguiente, no dotada de plazas docentes. Son comprensibles los motivos que movieron a Unamuno a opositar a la cátedra mencionada de Griego, para,

el de otras manifestaciones científicas. Precisamente por el deseo de conocer a los representantes de estas disciplinas y recibir información de los últimos avances bibliográficos, mantiene por estos años un intercambio epistolar con su amigo Pedro de Múgica, asentado en Berlín. A juicio del joven catedrático, todo estudio lingüístico que no estuviera acompañado de un riguroso método le parecía desdeñable.

El interés por la Historia de la Lengua española le hizo advertir el requisito ineludible de una dialectología y geografía lingüísticas, para delimitar las fronteras entre las áreas peninsulares y, a la vez, establecer los rasgos lingüísticos caracterizadores de algunas obras cumbres de nuestra literatura. Por esta misma época se plan-

Y, sin embargo, casi desde el inicio de la tarea, se percibe una impaciencia: la absorbente dedicación a *Mío Cid* es considerada subjetivamente por Unamuno como un paréntesis para sus auténticos afanes. Y es que por entonces comienza a advertirse un giro en su postura, una falta de compromiso profundo con la ciencia hasta entonces ardorosamente defendida, que le hará distanciarse paulatinamente de su investigación, aunque no de su divulgación. Su convencimiento íntimo del valor de una entrega a una actividad menos especializada, pero de mayor alcance social, como la filosófico-literaria, y la consideración de la ciencia del lenguaje como disciplina auxiliar de la psicología o de la historia.

El fallo de la Real Academia Española, emitido en febrero de 1895, premió la labor pionera y revolucionaria de Pidal. En su también contrincante y ganador de la Cátedra de Filología de la Universidad de Madrid en 1899 -la primera de la nueva asignatura, por fin universitaria-, previa renuncia propia, reconoció enseguida don Miguel al maestro de la Filología Española, a quien, con generoso desprendimiento ofrecería desde Salamanca su apoyo leal y colaboración científica.

Esta se materializó en diferentes niveles: en primer lugar en el ofrecimiento de datos sobre manuscritos antiguos existentes en la universidad salmantina, a petición del propio Pidal en otoño de 1900, para un estudio sobre *El dialecto leonés*, solicitud que constituyó el punto de arranque de su mutua amistad. En segundo término, en el préstamo de notas sobre el vocabulario del dialecto salmantino, recogidas directa y personalmente por el propio Unamuno y proporcionadas generosamente a don Ramón para su estudio. También, en el intercambio, discusión y contraste de pareceres sobre la etimología de diversos términos, como aportaciones críticas al *Manual de Gramática Histórica Española* de Pidal, aparecido a principios de 1904. Y, finalmente, en la formación de alumnos destacados, como sucedió con Federico de Onís, a quienes remitirá a Pidal, para su perfeccionamiento investigador e integración en el equipo de filólogos que entonces se estaba creando en Madrid y que más tarde constituiría el núcleo del Centro de Estudios Históricos.

No resulta sorprendente, por tanto, que el 12 de octubre de 1936, en el Paraninfo de la Universidad salmantina, en contestación a los ataques emitidos contra vascos y catalanes por Millán Astray, reivindicara el rector Unamuno su trayectoria filológica, elegida como línea motriz personal: "Yo mismo, como sabéis, nací en Bilbao y llevo toda mi vida enseñando la lengua española, que no sabéis...".

Una coherencia profesional y vital que podría servir como lema modélico para los estudios de Filología Hispánica de nuestra Facultad de Filología.

(*) *Catedrática de Lengua Española de la Universidad de Salamanca. Directora del CILUS*



desde este puesto, impulsar, dentro de sus posibilidades, los estudios de filología española, como remacha desde el mismo Madrid: "Lo primero es alcanzar posición y estabilidad y, ya que aquí (para vergüenza) no hay cátedras de Filología Romance, tengo que optar a otras asignaturas. Una vez en puesto oficial pienso (con otros, entre ellos Moguel) emprender campaña para que se instituyan en la facultad de Letras cursos de Filología Castellana, que buena falta hacen".

Lo que se planteaba don Miguel era la necesidad de realizar una renovación en el ámbito de la filología española, como en

teó la posibilidad de llevar a cabo una Gramática Histórica del castellano, tarea que, por su ambiciosa envergadura, concibió como proyecto a medio o, más realísticamente, a largo plazo.

La coherencia y validez del método es lo que destaca en el ejercicio etimológico, convencido de ser uno de los pocos conocedores del mismo en España, y de este seguimiento escrupuloso de la metodología es de lo que se sentirá más orgulloso con relación a su trabajo sobre la *Gramática y Vocabulario del Poema del Cid*, emprendido a resultados de la convocatoria del Premio de la Academia Española, y que entregó en 1893.



CIENCIA Y CREENCIA EN MIGUEL DE UNAMUNO

ADOLFO CRUZ ALBERICH (*)

Cuando la redacción del periódico El Adelanto me animó a colaborar en el 75 aniversario del fallecimiento de don Miguel de Unamuno Juno con un pequeño artículo, enseguida me representé a don Miguel caminado por la calle de la Compañía, probablemente una de las más bellas de Salamanca, camino de la Facultad de Filosofía y Letras con las manos en la espalda e inmerso con su "sentimiento trágico de la vida". La segunda de las imágenes que afloró a mi pensamiento fue una anécdota que en los años de 1950 se contaba en Salamanca, posiblemente, aquí exageraba Unamuno:

"Un joven jesuita, alumno de don Miguel, tras escuchar la reiterada afirmación de Unamuno de que nadie puede pensar en una segunda lengua adquirida, sino solo en la vernácula, le dijo al profesor salmantino:

- Pero don Miguel, nuestro padre Urráburu piensa en latín.

- Vuestro padre Urráburu es de...; y los vascos de..., no piensan."

Por cierto, el padre Juan José Urráburu es vizcaíno al igual que don Miguel de Unamuno.

Don Miguel de Unamuno Jugo, nacido el 29 de septiembre de 1864 en la calle Ronda del casco viejo de Bilbao, "en su bochito, su hoyo querido, el de las Siete Calles acurrucado a los pies de la colina de Begoña, en aquel Bilbao también fuerte y pujante que comenzaba a reflejar sus ansias de poder en el espejo metálico de su ría", así se expresaba Don César Real de la Riva el día 19 de noviembre de 1964 en su discurso, en el homenaje de la Universidad de Salamanca a don Miguel de Unamuno a los cien años de su nacimiento. El 31 de diciembre de 1936 fallece en su Salamanca. Fue el tercer hijo y primer varón, tras María Felisa y María Jesusa, del matrimonio entre el comerciante Félix de Unamuno Larrazza y Salomé Jugo Unamuno, su sobrina carnal. Más tarde nacerían sus hermanos Félix, Susana y María Mercedes. Realiza sus primeros estudios en el colegio de San Nicolás, a los 10 años asiste como testigo del asedio de su ciudad durante la tercera guerra carlista, lo que luego reflejará en su primera novela, *Paz en la guerra*. Al terminar su estudios de Bachillerato se traslada a Madrid a estudiar Filosofía y Letras en la Universidad Central con tan sólo 16 años. Obtiene la licenciatura en Letras en 1883, a sus 19 años (año en que nacen don José Ortega y Gasset y don Juan Zaragüeta). Al año siguiente se doctora con una tesis sobre la lengua vasca: *Crítica del problema sobre el origen y prehistoria de la raza vasca*, en la que anticipa sus posturas contrarias al nacionalismo vasco de Sabino Arana. Regresa a Bilbao, iniciándose en la literatura con una serie de artículos en los que muestra una tendencia política socialista.

El año 1884 trabaja en un colegio como profesor de latín y psicología, publica un artículo titulado *Del elemento alienígena en el*

idioma vasco y otro costumbrista, *Guernica*, y colabora en 1886 con el *Noticiero de Bilbao*.

El 31 de enero de 1891 se casa con Concha Lizárraga, de la que estaba enamorado desde niño, esta nueva situación le trae a don Miguel la tan esperada felicidad. Unamuno pasa los meses invernales de ese año dedicado a la preparación de las oposiciones. Va a Madrid, donde realiza las oposiciones y obtiene la cátedra de Griego de la Universidad de Salamanca. Como escribía don Marcelino Legido López en su artículo *El hombre de carne y hueso*, "así pasó, como él mismo dijo una vez poéticamente, desde los brazos verdes y jugosos de la madre Vizcaya a Castilla enjuta. Y va a ser en Salamanca, rincón castellano eminente, donde alcance su maduración espiritual. Es "el espíritu del pueblo castellano en el que... ha madurado mi espíritu". Ahora bien, ¿dónde está para Unamuno el

Pública lo destituye del Rectorado por razones políticas. En 1921 es elegido por sus compañeros decano de la Facultad de Filosofía y Letras. Es condenado a 16 años de prisión por injurias al rey, pero la sentencia no llegó a cumplirse. En 1922 sus compañeros, de nuevo, lo eligen vicerrector. Sus constantes ataques al rey y al dictador Primo de Rivera hacen que éste lo destituya nuevamente de sus cargos universitarios y lo destierre a Fuerteventura en febrero de 1924. El 9 de julio es indultado, pero él se destierra voluntariamente a Francia; primero a París y al poco tiempo a Hendaya, en el país vasco-francés. Allí permaneció hasta la caída de Primo de Rivera (1930).

Otro ilustre filósofo vasco, don Juan Zaragüeta y Bengoechea (1883-1974) con ocasión de la celebración de los 100 años de don Miguel de Unamuno escribe un



espíritu castellano? En la tierra, en la historia y en los hombres. Pero serán sobre todo el paisaje y los místicos, los que le revelen el alma de Castilla, a cuyo contacto, la experiencia fundamental de su intrahistoria retornará vigorosamente". En los campos castellanos han surgido almas cálidas y ambiciosas como San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Jesús, espíritus inquietos de la literatura española a los que hemos de unir la figura de nuestro maestro don Miguel de Unamuno.

En 1900 es nombrado rector de la Universidad de Salamanca. La importancia de su magisterio intelectual se va acentuando. Desde allí publica continuamente obra ensayística, poesía, teatro y narración, además de numerosos artículos en la prensa, con los que interviene en la actualidad política.

En 1914 el ministro de Instrucción

sucede lo mismo con respecto al cristianismo. Está lleno de admiración y amor por la gran figura de Cristo por motivos cordiales, pero la dogmática tocante a su persona le deja indiferente".

Zaragüeta trata de mostrar diferentes perspectivas del pensamiento de Unamuno con textos recogidos de sus obras que hacen referencia a esa crisis mental, esa crisis que se tradujo en el llamado por el propio Unamuno "sentimiento trágico de la vida", título de su obra principal, pero no la única. Porque Unamuno no fue sólo un helenista y un pensador filosófico-religioso. Unamuno fue novelista, poeta y autor dramático: sus obras completas comprenden más de veinte volúmenes.

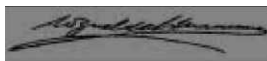
Don Miguel de Unamuno leyó en su época de estudiante en Madrid a T. Carlyle, Herber Spencer, Friedrich Hegel y Karl Marx entre otros, seguramente esto contribuyó a la disposición racional de su fe.

Unamuno tuvo plena conciencia de las exigencias fundamentales de una lógica estrictamente racional en la persecución de la verdad y reconoce su éxito en el dominio de los hechos naturales, el descubrimiento de cuyas leyes constituye el objeto de la ciencia. Pero "lo racional no es sino lo relacional, la razón se limita a relacionar elementos irracionales. Las matemáticas son la única ciencia perfecta en cuanto suman, restan, multiplican y dividen números, pero no cosas reales y de bulto, en cuanto es la más formal de las ciencias. ¿Quién es capaz de extraer la raíz cúbica de un Fresno?".

Y, sin embargo, "necesitamos de la lógica no sólo para razonar, sino también para transmitir pensamientos y percepciones y hasta para pensar y percibir, porque pensamos con palabras, percibimos con formas. Pensar es hablar uno consigo mismo, y el habla, es social y sociales son el pensamiento y la lógica".

Pero en cuanto la ciencia llega a ser natural y se refiere a las realidades de este mundo, sobre todo a las realidades vivientes, se puede decir que "la razón es enemiga de la vida. La inteligencia es una cosa terrible. Tiende a la muerte como la estabilidad a la memoria. Lo vivo, lo que es absolutamente inestable, lo absolutamente individual, es en realidad ininteligible. La lógica tiende a reducirlo todo a entidades y a géneros, a que no tenga cada representación más que un solo y mismo contenido en cualquier lugar, tiempo o relación en que se nos ocurra... y no hay nada que sea lo mismo en dos momentos sucesivos de su ser...; la identidad, que es la muerte, es la aspiración del intelecto. La mente busca la muerte, pues lo vivo se le escapa, quiere cuajar en témpanos la corriente fugitiva. Para analizar un cuerpo hay que menguarlo o destruirlo. Para comprender algo hay que matarlo, enriquecerlo en la mente... La ciencia es un cementerio de ideas muertas, aunque de ella salga vida... ¿Cómo, pues, va a abrirse la razón a la revelación de la vida? Es un trágico combate en el fondo de la tragedia, el combate de la vida con la razón".

En cuanto a la vida anímica, la vida consciente, el espectáculo es todavía más desesperanzador. La ciencia concerniente al hombre no ha llegado sino a mostrar "hasta qué punto la conciencia individual depende de la organización del cuerpo, cómo va naciendo poco a poco, según el cerebro recibe las impresiones de fuera, cómo se interrumpe temporalmente, durante el sueño, los desmayos y otros accidentes, y cómo todo nos lleva a conje-



tutar racionalmente que la muerte trae consigo la pérdida de la conciencia"; y así como antes de nacer no fuimos ni tenemos recuerdo alguno personal de entonces, después de morir no seremos. Esto es lo racional, "el racionalismo, y por esto entiendo la doctrina que no se atiene sino a la razón, a la verdad objetiva, es forzosamente materialista".

Para Unamuno toda demostración conducente a demostrar o refutar los sentimientos radicales, la expresión de una actitud asumida por los que "sólo tienen razón", porque ven en el hombre un ser de razón y no un camino de contradicciones que se descubren cuando se advierte que el hombre no puede vivir sin la razón, la cual coloca al hombre en una inseguridad que es, a la vez, el fundamento mismo de su vida. Si Unamuno ha disputado sobre todo al científicismo y al racionalismo, ha sido porque estos adquirirían en algunos momentos un aire de triunfo, un peso que a fin de cuentas pretendía aplastar al hombre.

Bien es verdad que "como no sabemos más lo que sea la materia que el espíritu, y como eso de la materia no es para nosotros más que una idea, el materialismo es idealismo". Para salir de este callejón no hay más que suponer, con el dualismo que "la conciencia humana es algo substancialmente distinto y diferente de las demás manifestaciones fenoménicas, que tiene su raíz en el alma contrapuesta al cuerpo. Pero la razón es esencialmente monista. Porque es obra de la razón comprender y explicar el universo, y para comprenderlo y explicarlo para nada hace falta el alma como sustancia impercedera. Para explicar y comprender la vida anímica por la psicología no es menester la hipótesis del alma".

El fundamento de la creencia en la inmortalidad no se encuentra en la lógica silogística ni en la inducción científica: se encuentra en la esperanza. La inmortalidad para Unamuno consiste en una pálida

supervivencia de las almas.

Otro tanto sucede con Dios, concebido como trascendente a este mundo y creador del mismo, como un ser hallado "por los tres famosos caminos de negación, eminencia y causalidad, no es más que una idea de Dios, algo muerto. Las tradicionales y tantas veces debatidas pruebas de su existencia no son en el fondo sino un intento vano de determinar su esencia", esencia que, por eminencia y negación o remoción de cualidades finitas, acaba por ser un Dios impensable, una pura idea... El Dios antropomórfico y sentido, al ir purificándose de atributos humanos, y como tales finitos, relativos y temporales, se evapora en el Dios del Deísmo o del Panteísmo. Las supuestas pruebas clásicas de la existencia de Dios, refiérense todos a este Dios-idea, a este Dios lógico, a este Dios por remoción, y de aquí que en rigor no prueba nada, es decir, no prueban más que la existencia de esa idea de Dios". "Dios es una gran X sobre la barrera última de los conocimientos humanos, a medida que la ciencia avanza, la barrera se retira... De la barrera acá todo se explica sin Él; de la barrera allá, ni con Él ni sin Él." "No es más concebible el que haya un ser supremo infinito y eterno cuya esencia desconocemos y que haya creado el Universo, que el que la base natural del Universo mismo, su materia, sea eterna e infinita. En nada comprendemos mejor la existencia del mundo con decimos que lo creó Dios. Es una petición de principio, una solución puramente verbal para encubrir nuestra ignorancia." A lo sumo, "la idea de Dios de la pretendida teología racional no es más que una hipótesis, como por ejemplo, la idea del éter".

Se llega a admitir que estas realidades trascendentes, el alma inmortal y Dios, Creador del mundo, son objeto más que de ciencia de creencia, de fe más que de razón. Pero los profesionales de esta creen-

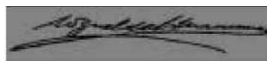
cia y de esta fe no renuncian a racionalizarlas, y aun lo juzgan necesario para justificarlas, y así han llegado a forjar una teología con la que intentan esta justificación. Esta pretensión -la de poner la lógica al servicio de los deseos humanos y sobre todo de un deseo fundamental- ha sido calificado por Unamuno de "abogacía de leguleyo". "Lo propio y característico del abogado, en efecto, es poner la lógica al servicio de una tesis que hay que defender, mientras el método rigurosamente científico nos ofrece para llegar o no a conclusión. Lo importante es plantear bien el problema, y de aquí que el progreso consista no pocas veces en deshacer lo hecho. La abogacía supone siempre una petición de principio, y sus argumentos son todos *ad probandum*. Y la teología supuesta racional no es sino abogacía." "Para el teólogo como para el abogado, el dogma, la ley, es algo dado, un punto de partida que no se discute sino en cuanto a su aplicación y a su más recto sentido. Y de ahí que el espíritu teológico o abogadesco sea en su principio dogmático, mientras el espíritu estrictamente científico, puramente racional, es escéptico, esto es, investigativo." "La verdadera ciencia enseña, ante todo, a dudar y a ignorar; la abogacía no duda ni cree que ignora: necesita de una solución".

Para terminar, recordar lo que Unamuno escribe, a modo de conclusión sobre el conocimiento en su obra *Del sentimiento trágico de la vida*: "El conocimiento está al servicio de la necesidad de vivir y, principalmente al servicio del instinto de conservación personal. Y esta necesidad y este instinto ha creado en el hombre los órganos del conocimiento, dándoles el alcance que tienen".

El pensamiento de Unamuno sobre esta gran cuestión se introduce sobre su idea general del conocimiento y de sus diferentes géneros. "Todo conocimiento tiene una finalidad: la de saber para saber no es,

dígase lo que se quiera, sino una tétrica petición de principio. Se aprende algo o para un fin práctico inmediato o para completar nuestros demás conocimientos. Hasta la doctrina que nos aparezca más teórica, es decir, de menor aplicación inmediata a las necesidades no intelectuales de la vida, responden a una necesidad -que también lo es- intelectual, a una razón de economía en el pensar, a un principio de unidad y continuidad de la conciencia. Pero así como un conocimiento científico tiene su finalidad en los demás conocimientos, la filosofía que uno haya de abrazar tiene otra finalidad extrínseca, se refiere a nuestro destino todo, a nuestra actitud frente a la vida y al Universo. El más trágico problema de la filosofía es el de conciliar las necesidades intelectuales con las necesidades afectivas y las volitivas. Como que ahí fracasa toda filosofía que pretende deshacer la eterna y la trágica contradicción, base de nuestra existencia". "Hay algo que, a falta de otro nombre, llamaremos el sentimiento trágico de la vida, que lleva tras de sí toda una concepción de la vida y el Universo, toda una filosofía más o menos formulada, más o menos consciente. Y este sentimiento pueden tenerlo y lo tienen no sólo hombres individuales, sino pueblos enteros. Y este sentimiento, más que brotar de ideas, las determina, aun cuando luego, claro está, estas ideas reaccionen sobre él, envolviéndolo... Ha habido entre los hombres de carne y hueso ejemplares típicos de esos que tienen el sentimiento trágico de la vida. Ahora recuerdo a Marco Aurelio, San Agustín, Pascal, Rousseau, Rene, Obermann, Thomson, Leopardi, Vigny, Lenau, Kleist, Amiel, Quental, Kierkegaard, hombres cargados de sabiduría más que de ciencia... y creo también que hay pueblos que tienen el sentimiento trágico de la vida".

(*) Profesor de Filosofía.
Inspector de Educación



EL CRISTO DE VELÁZQUEZ

ANÍBAL LOZANO (*)

Una vez, en duro diciembre, tuve la oportunidad de visitar al padre José Luis Espinel en su celda bibliotecaria, su dormitorio en el convento de los Dominicos de Salamanca. El motivo era escuchar su experta opinión sobre las crisis que llevaron a Unamuno en distintos momentos de su vida -desde la hidrocefalia de su hijo Raimundín hasta la muerte de su mujer-, a refugiarse en el convento. El P. Espinel, conocedor impecable de la filosofía de Heidegger, así como de la obra unamuniana, había convivido con el P. Sabino Alonso, que llegó a Salamanca en 1910 y murió a los 90 años. El P. Sabino había hablado sucesivas veces con el autor de *La agonía del cristianismo*, había conocido por tanto las supuestas disputas entre él y el P. Arinterro, afirmando sobre ello que "don Miguel de Unamuno era más serio que todo eso".

No puedo olvidar la huella que entonces el padre Espinel grabó en mí sobre el sentido que tiene en la vida recobrar lo que está perdido, pues de esa experiencia surge un día una muestra de amparo. Eso mismo, quizás muestra de amparo -lo pienso ahora- me había conducido a visitarle, y ese amparo me llevó después a la lectura del poemario con raíz en *El Cristo de Velázquez*. En la hermosa edición realizada por Víctor García de la Concha (Espasa Calpe, 1987) se nos descubre el viaje por el que transitó Unamuno para abarcar el conflicto entre la palabra y la imagen. Llevó a Unamuno exactamente siete años trabajar en *El Cristo de Velázquez*: que Pedro Salinas definió como el más grande poema religioso español desde el siglo XVI. En una carta dirigida a Leopoldo Alas, *Clarín* le confiesa lo siguiente: "Al morir, quisiera, ya que tengo alguna ambición, que dijese de mí '¡fue todo un poeta!'. La naturaleza de las cosas quiso que así lo fuera por cuanto este asunto unamuniano concita la profundidad de toda su obra en íntima pelea, pues en el fondo se debate la permanente angustia que le llevó a explorar la historia y el hombre, don Quijote y Sancho, el sí y el no, la eterna dualidad de la duda:

*No me verá dentro de poco el mundo,
más sí vosotros me veréis, pues vivo
y viviréis.*

Este comienzo del poema, por ejemplo, tiene que ver con la misma cita del Evangelio de San Juan: Unamuno está ante el Evangelio porque su obra es "Una cosa... bíblica". Señala García de la Concha que "en el caso de *El Cristo de Velázquez*, esto se vigoriza aún más por tratarse de un poema sobre y ante un cuadro, planteado, para colmo, como un auto sacramental plástico". El espíritu, por tanto, trata de una obra sobre el alma de otra, si se quiere la misma pero tan distante en el tiempo como cercana, tan lejos e imposible de aceptar como heredera de la pasión humana que un día nos es revelada, sin querer, y ella nos prende como una alfiler indolora.

El eco de la palabra que Unamuno utiliza proviene de muchos lugares, uno de ellos, la hondura de Juan de la Cruz. Ya desde el verso en que la poética unamuniana genera su diálogo de intimidad absoluta, raíces del *Cántico espiritual* se nos aparecen como un enorme himno coral:



*Enamorada de su cuerpo tu alma,
y por nupcial amor unimismados,
no como a cárcel al morir déjola,
con el suspiro de quien queda libre,
sino como a un hogar en que se ansia
dejarse vivir siempre en la costumbre
que es la dicha" (VI. ALMA Y CUERPO).*

José Ángel Valente ha encontrado la implicación que el *Cántico* tiene en la poesía española. Detalla la influencia que en nuestra literatura ha tenido, como la *Guía Espiritual* de otro gran olvidado: Miguel de Molinos. "La piedra es en todas las tradiciones -dice Valente- símbolo del centro de la totalidad, desde el *omphalos* del templo de Apolo hasta el *quince* de la mitología azteca". Bien, uno cree que esa piedra es palabra unamuniana, que en este poema supone el exilio y el reino de un hombre intelectualmente confeso, ideológicamente asustado y humanamente martirizado por él mismo, las circunstancias, los hechos y la barbarie.

Este martirologio unamuniano, cuyo referente testimonial está en su *San Manuel Bueno*, aparece también en *Niebla*, en *La Tía Tula* y culmina en *El sentimiento trágico de la vida*. Necesitaba pues, Unamuno de una imagen donde reposar y sobre todo, de un poema en donde refugiarse de su propio apocalipsis. Estamos ante uno de los más puros monumentos del conocimiento aplicado a la creación. Ahora bien, ¿asusta

llamarlo oración? No. Es verdad que el término así, aparece precisamente como *Oración final*, en un Salmo donde *El Cantar de los Cantares* no es sólo una resonancia:

*Tus hombros cual alcores soleados
donde a la sombra de tu cabellera
-folleje perfumado- y al socaire
sestean las ovejas del rebaño
de tu Padre; blandos cerros redondos
para tenderse a apacentar la vista
con la visión del valle de tu pecho
de infinitud viviente coronado
(XIX. HOMBROS).*

Por tanto, he ahí la huella de *El Cantar*, de Garcilaso y la indudable semblanza de fray Luis en un poema que va más allá del sentido religioso, que revela oración y cree junto a la imagen de otro poeta que dio fe de su amistad: Antonio Machado. José María González Ruiz, eminente conocedor de la obra de ambos, desveló la contraposición de dos ideas sobre la imagen de Cristo que parten de la misma génesis, pero se bifurcan, como el jardín de Borges, al señalar el eminente teólogo que "la cristología machadiana se encuentra alrededor de su visión obsesiva de Cristo realmente resucitado y, por consiguiente, definitivamente desenclavado de la cruz". La sacta que nos sobrecoge es así de clarificadora:

*¡Oh, no eres tú mi cantar!
¡No puedo cantar, ni quiero*

*a ese Jesús del madero,
sino al que anduvo en el mar!*

Para Machado ya sabemos que "andar en el mar" significa moverse, en el más allá. Es en San Pablo donde se subraya sin embargo la idea del Cristo crucificado, para quien no tiene sentido la muerte de Cristo si no es un puente hacia la vida siendo precisamente esta idea la que Unamuno defiende en su poema. De ahí la cita que introduce el mismo: "Y el Señor para el cuerpo... (San Pablo I Corintios VI 13)". No es extraño, por tanto, desmembrar las palabras de Juan de Mairena: "Algún día tendremos que consagrar España al Arcángel San Miguel, tantos eran ya sus *Miguel*s ilustres y representativos: Miguel Servet, Miguel de Molinos, Miguel de Cervantes y Miguel de Unamuno.



Parecerá un poco arbitrario -sigue Mairena- definir a España como la tierra de los cuatro *Miguel*s. Sin embargo, mucho más arbitrario es definir a España, como vulgarmente se hace, descartando a tres ellos, por heterodoxos, y sin conocer -concluye- a ninguno de los cuatro". Uno cree estar de acuerdo con lo que dice no sólo Mairena sino lo que interpreta el recordado teólogo González Ruiz, a quien la policía impidió en Salamanca en el año de gracia de la muerte de Franco su conferencia: "Quizá éste sea uno de los pecados que el catolicismo español ha podido cometer frente a la figura grandiosa de ese gran creyente cristiano y admirable profeta que fue don Antonio Machado". En el fondo, la gran batalla de don Miguel de Unamuno se libró asimismo contra quienes hicieron de él bandera cuando les vino en gana. Frente a todos, don Miguel no era sino el gran poeta que quiso ser. En *El Cristo de Velázquez* nos revela una pintura absoluta y una poética extraordinaria en la intensidad más desnuda.

Pocos años después asistí al funeral del P. Espinel desde el fondo del templo, como en un obligado acto de agradecimiento por aquella tarde en que me descubrió en la huella de su sabiduría una razón de humildad. Había ido para preguntarle sobre Unamuno y él empleó la palabra como amparo de mi espíritu.

(*) Filólogo



UNAMUNO EN EL ESPEJO: VICTORIO MACHO FRENTE A PABLO SERRANO

CHEMA SÁNCHEZ (*)

Miguel de Unamuno es uno de los nombres más seductores del siglo XX. Solo mencionarlo produce veneración y respeto. Desde Bilbao a Salamanca se creó un nexo indestructible a causa de la figura de un hombre que en ocasiones no fue ni comprendido ni respetado como él se merecía.

Hay dos obras y un detalle a los que quiero referirme.

Me parece lamentable que Victorio Macho, que se identificaba profundamente con la Generación del 98, tuviese que desplazarse en 1929 hasta Hendaya -donde estaba Unamuno en su destierro- para poder hacer un busto del rector salmantino. Emilio Salcedo ha contado en la biografía del rector y pensador, cómo el escultor palentino -y universal- intentó y consiguió pasar la frontera con un carro cargado de barro español para modelar la escultura. Los gendarmes no entendían aquel extraño cargamento y el artista les espetó aquello de que "para modelar la cabeza de Unamuno sólo sirve tierra de España". Cuando después de varios meses de labor, Unamuno contempló la obra, tras asentir dando su aprobación, dudó y cogiendo un pegote de barro, dijo que allí faltaba algo. Puso la pella de arcilla sobre el pecho de la escultura y con sus propios dedos esbozó una cruz que él llevaba siempre y que Victorio Macho acabó de perfilar. El busto de Unamuno, según asegura Brasa Egido, no solamente es una de las mejores obras de Victorio Macho sino una de las más insignes de la escultura española del siglo XX.

La escultura, que se encuentra ubicada en el Palacio de Anaya de Salamanca, sobrecoge al espectador que se siente minimizado por la grandeza del marco y por la fuerza de un personaje, al que el alma se le escapa del granito y revolotea ágilmente, hasta formar bandada con las pajaritas de papel que se posaban en la mesa rectoral.

Nada tiene que ver la piedra con el bronce ni Victorio Macho con Pablo Serrano. El escultor aragonés, al que Salamanca le encomendó la realización de un monumento público cuarenta años después de que el palentino hiciera una de sus obras maestras, se decantó por una línea en la que iba a primar la expresión sobre la figuración, y en la que se pretendía sintetizar el espíritu unamuniano por encima de cualquier otra circunstancia.

Pablo Serrano a la hora de la realización de aquel monumento, costado por suscripción popular, se decantó por la línea de la libertad y rompió con los moldes tradicionales que habían estado vigentes hasta ese momento en la iconografía pública salmantina. El Unamuno, que mira escrutador la Casa de las Muertes y hace un guiño con sus manos a las Úrsulas, ha acabado por convertirse en un símbolo de la ciudad más uni-



versitaria de España. La inauguración del monumento (1968) llegó cargada de polémica por culpa de un gobernador civil al que le venía ancha su relación con la cultura y con la Universidad, y para el que el director de este periódico solicitó públicamente su veto. Los estudiantes universitarios, que pensaban lo mismo que el periodista, se manifestaron a la hora de la inauguración bajando por la calle Compañía cantando el *Gaudeamus Igitur*, gritando y soñando con la misma libertad que soñó siempre don Miguel.

UNAMUNO FRENTE A UNAMUNO

Cuando Victorio Macho retrató a don Miguel en Hendaya había en éste tanta fuerza y firmeza como quedaron plasmadas en el granito. Cuando cuarenta años después Pablo Serrano lo inmortalizó para asentarlo junto a las Úrsulas, puso en el crisol del bronce los sueños, las vivencias y las contradicciones de un vasco inmortal que engrandeció Salamanca y a nuestra *alma mater*.

En la hornacina del Palacio de Anaya, desde la que mira incrédulo al mundo, parece haber anidado Miguel de Unamuno, cabeza de bronce, tronco de granito negro, corazón de una España que le dolía y que le carcomía sus sentimientos más íntimos. Sus ojos, tienen algo de lechuza, ave que representó a Palas Atenea, diosa protectora de la sabiduría. Allí en el secular e imponente Palacio de Anaya vuela baja la lechuza que en los diccionarios de simbología aparece representando la imagen del sabio que filosofa.

Sabio y filósofo. ¿Querría ir tan lejos Victorio Macho cuando modeló aquella cabeza? ¿Acaso los retratos tienen que parecerse al retratado? ¿O tienen que ser la representación de su pensamiento? ¿O tal vez las dos cosas?

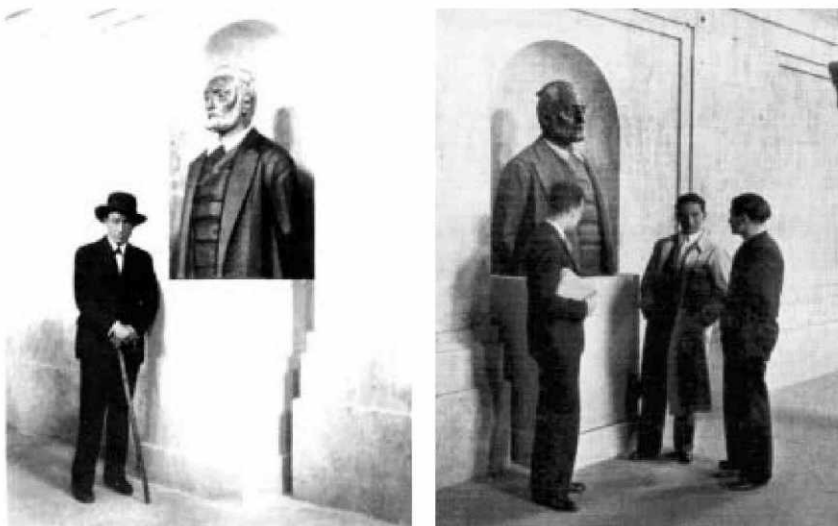
Cuando el artista es capaz de plasmar en su obra lo de dentro y lo de fuera, el continente y el contenido, quizá nos está acercando hasta la obra más perfecta.

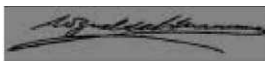
Junto a las Úrsulas, visto de perfil, el mentón de Unamuno nos recuerda la proa de un barco. Puede que el mismo barco que el 31 de diciembre de 1936 decidió surcar las aguas, camino de una eternidad que, a fuerza de manosear y lucubrar, parecía inalcanzable, mientras una España estúpida comenzaba a desangrarse en una guerra fratricida.

Pablo Serrano retrató a Unamuno un tanto enigmático, con las manos atrás, en actitud peripatética, algo envejecido y como en la última salida del Casino salmantino, ligeramente abatido pero rezumando dignidad por todos los poros de su adusta figura.

Victorio Macho y Pablo Serrano, piedra y bronce, dos materiales definitivos que si antes no lo fueran, quedaron ennoblecidos por el recuerdo y la figura de don Miguel.

(*) Crítico de arte





UNAMUNO Y LA ETA

POLLUX HERNÁNDEZ (*)

Permitáseme la anacrónica incongruencia de este título, deliberadamente provocador -como solían serlo los de don Miguel-, pues los tiempos parecen propiciarlo. Aunque cabe añadir que, si bien Unamuno nos parece muy lejano, pues se cumplen ya 75 años de su muerte y quedan pocas personas que lo conocieron personalmente, entre esa muerte y el nacimiento de la ETA median solo 22 años, y que tampoco hay lejanía entre algunos postulados etarras y los que profesó el joven Unamuno. La gran diferencia es que él los fue abandonando a medida que se fue haciendo hombre mientras que los autoproclamados salvadores de la patria vasca se enfangaron en la ignominia y el crimen.

En casa de Unamuno se hablaba castellano, pero él aprendió vascuence en la calle junto con todo lo que cualquier adolescente puede absorber cuando se le cuentan mitos de independencia y libertad. Él mismo diría que su "espíritu civil" nació cuando tenía 10 años, con el sitio de Bilbao de 1874 y la entrada de las tropas liberales que le puso fin. De la subsiguiente derogación de los fueros dos años después surge el llamado fuerismo intransigente que, bajo la consigna de "Dios y fueros", pretendía la vuelta a las leyes anteriores. Unamuno fue fuerista, como seguramente habría sido airado joven *abertzale* de haber nacido cien años después.

Pero Unamuno es de quienes siempre nadan contra corriente y sobre todo contra las que lleva dentro y, en sus cuatro años de estudiante universitario en Madrid a partir de 1880, entra en contacto con la realidad: el positivismo europeo, el liberalismo, el racionalismo, y lee y asimila lo que se ha escrito y escribe en Europa (Kant, Goethe, Herder, Hegel, Darwin, Spencer). Pronto abandonará la idea redentora que llevaba de escribir una historia del País Vasco en varios tomos y se limita a confiar a sus *Cuadernillos de notas*, como los llama, los gritos de la agnía interior que le roe envueltos en la inflada retórica de un victimismo romántico.

En la soledad de su pensión madrileña escribe: "¡Patria! Yo quiero que seas una nación, como eres una idea. Porque representas lo inmutable ante lo transitorio... porque eres la fija idea del pasado frente a la corriente del presente. Lucharon las olas, el mar se embraveció, pero la roca permaneció inmutable. Frente a ti, patria, pasaron las invasiones, el revuelto batallar de los pueblos, la circulación de la humanidad, el látigo del tirano que jamás osó hollar tu augusta frente. Y tú, encerrada en ti misma, bogas tranquila el infinito mar de los siglos. La suave brisa del tiempo te impele, jamás las tempestades agotaron tus velas. Aún, querida patria, el patriarcal gobierno, la primitiva ley rige tu suelo. Tú hallaste en tu escondido hogar el dulce calor del fuego, la felicidad del alma. Cómo los tiempos mudan, cómo las edades pasan. ¡Euskalerria! ¡Euskalerria! ¿Dónde estás? Aquí, bajo la losa fría del tiempo, y aquí en el caliente seno de mi corazón. ¡Euskalerria! ¡Euskalerria! No te abandones al presente, por ti te lo ruego. No rías, por Dios, no rías... ¡Esa risa me arranca el alma...! Acuérdate de tu niñez, acuérdate de tu madre. ¿Dónde madre más grande que la naturaleza?"

Y vislumbra un porvenir mesiánico: "Yo



me dormí una noche al arrullo del Guernikako arbola y no he despertado aún, pero mi patria que a mi lado duerme me despertará algún día. Mi patria duerme. Falta la voz de un redentor que la despierte. Y al eco que sonará en las crestas elevadas, los dormidos resucitarán, se regocijarán en sus mansiones eternas los espíritus de nuestros padres, tenderá el ángel del Señor su manto sobre mi patria y el árbol del porvenir su copa sobre nuestro suelo, y los pájaros libres entonarán sus himnos. Y al eco robusto de la resurrección de mi patria, sus asesinos temblarán. Retirarán sus astutas cabezas de culebras, sus cegados ojos los topos. El viejo árbol caerá a cubrir la piedra fría donde duerme el juramento. Rompe, patria mía, tu capullo, ¡despierta ya! ¡Gorá! ¡Gorá! Sube, sube hasta perderte a los ojos de tus enemigos. ¡Gorá!"

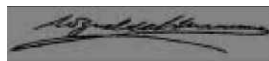
Esta resurrección de entre los opresores tendrá lugar porque es la sagrada naturaleza

que ha hecho distinto al pueblo vasco: "¿Es una familia otra familia? ¿Puede ser una raza otra raza? No empeñarse pues en identificar esa raza [española] o mejor amalgama de razas con nosotros, pura raza. No digamos pueblo bascongado, raza bascongada, provincias bascongadas, sino familia bascongada. Este nombre resume nuestro carácter y nuestras aspiraciones. La familia, la raza son obra de la naturaleza, de Dios. La nación, el pueblo, obra de los hombres, del convenio. Les choca e indigna a los españoles eso que llaman nuestro egoísmo. Yo no sé qué deber o qué obligación tenemos de querer a España nuestra madrastra, más que a Bizkaya nuestra madre. Madrastra la he llamado, pero ni aun madrastra es. ¿Qué debemos a España? Lo mismo que a cualquier otra nación en bienes, mucho más en males. Y esas tres provincias (o más) son para mí la imagen de las tres divinas personas, inefable amor que forma el ser uno, el pueblo vasco. Que una

mujer bascongada case con un extranjero me explico, pero nunca he podido darme cuenta de cómo un bascongado pueda tomar por esposa una extraña a su raza".

Y así continúa elucubrando sobre los derechos inalienables debidos a la pureza racial: "Y nosotros ¿qué pan comemos? El pan de las razas oprimidas. Raza, sí, raza, aunque esta palabra ofende a oídos meticulosos, subleva corazones sobradamente tímidos. El pan de la raza oprimida, ese comemos. He oído asegurar que nuestros padres se alimentaban de un pan (artos) hecho de bellotas de encina (arte). Por eso el corazón de nuestro pueblo es el corazón de la encina, nuestra sangre su savia. Pueblo viejo y siempre joven. Salud, vieja Irlanda, tú también comes el pan de las razas oprimidas. Ese pan amasado con sudor y lágrimas, con sangre y con vergüenza tal vez. Hoy más que nunca nos precisa encogernos, replegarnos, llenar nuestra casa, Euskalerria, no dejar ni un hueco donde pueda introducirse el extranjero. Cuando todos hablan de raza, olvidamos que formamos raza aparte, olvidamos que somos un oasis, una isla. Luchen las arenas, agítense los mares, dejémoslos".

La identificación de paisaje y pueblo le lleva a distinguir radicalmente entre País Vasco y España: "Recórranse los castellanos campos, o catalanes o andaluces, que es igual en este caso, y recórranse los valles de mi querida patria y díganse si no son dos pueblos. Dos idiomas distintos, lengua la una nacida de un corrupto cadáver, lengua de conveniencia; idioma el otro primitivo, vigoroso y empapado del sencillo naturalismo de un pueblo niño. Costumbres enteramente distintas, diversos caracteres, tradiciones separadas, glorias particulares, historias diversas, todo diverso en fin. Si pues son dos pueblos, como los topes ven, ¿a qué confundirlos? Si Dios los ha separado, ¿a qué acudir a la historia, al deseo no, a la tradición, para sepa-



arlos? Unido yo al pedazo de tierra que llamo Euskalerría en corazón y en vida, unido a este trozo de suelo que guardo en mi corazón, preocupome hartito poco de lo que la historia dice. El corazón me habla y me basta y aun me sobra”.

Es inútil tratar de mezclar a los pueblos por la fuerza, pues la naturaleza sabrá imponerse, aunque esto conlleve el riesgo de desaparecer: “Nada significa la idea de nacionalidad separada de la idea de raza. Nunca se han agrupado, se han unido por voluntad propia y espontáneo movimiento dos pueblos de raza diferente. Solo la fuerza lo ha conseguido, a medias. Sin federación, España no será nunca España. Es inútil y completamente inútil lo que se trabaja por brillantar el españolismo del bascongado. Esas relaciones de los servicios y prestaciones que nuestro país ha dado a España, esos escritores, esos marinos, esos grandes hombres no significan nada, absolutamente nada. Son hechos aislados, sueltos, excepcionales, en que entraban cálculos, relaciones de grandes familias, nada popular, nacido del seno del pueblo bascongado, nada espontáneo. En cambio hablan elocuentemente de la historia del país vasco durante toda la Edad Media las reclamaciones del pueblo vasco contra el poder central, y sobre todo las dos últimas guerras civiles [carlistas]. Y no se olvide la conducta del pueblo (entiéndaseme bien) bascongado en la guerra de la Independencia. Subordinar los pequeños caracteres a los grandes es factible y provechoso, pero borrar la variedad para fundirlo todo en una unidad absorbente, obra de juristas enamorados del inoportuno derecho romano, es absurdo y solo sirve para crear monstruos, que tal es el estado de la transgresión de la leyes naturales. Cuando os hablan de una patria española, una idéntica, sin variedades, sujeta a un principio, a una ley, os mienten. El castellano es el más unitario porque para él el unitarismo consiste en asimilarlo todo al ser de Castilla. Quieren crear un monstruo y lo crearán, pero este monstruo, o se desgarrará a sí mismo, o será vencido por la naturaleza. Pero todo sigue sus leyes, la naturaleza marcha, los movimientos de raza se acentúan. Irlanda puja y acabaremos por ver triunfar a la naturaleza en todo, perdiendo tal vez en la lucha las pequeñas razas, esos milagros de la historia. Esta es la cuestión magna en España, o triunfa la naturaleza o nos consume la lucha. Nuestra última guerra ha incubado otra y esta incubará otra mientras no comprendamos la idea de raza, el orden, la variedad en la unidad, y el verdadero naturalismo”.

En algunos pasajes el fogoso joven Unamuno, añorando más y más su tierra a medida que se acerca el fin de curso, parece competir con su lugo rival Sabino Arana: “¡Y van seis años! Ya las cadenas están rojas de roya. ¿Crecéis acaso que vuestras lágrimas cayendo gota a gota horadarán el duro hierro? Vana esperanza. Ya se acerca el verano. Ya se acerca la hora en que volaré a mi país. Y entonces abandonarán a Madrid multitud de familias ansiosas de respirar nuestros puros aires y de envenenarlos. Y allá llevarán su lengua, sus modas, sus costumbres. Anchos caminos llevan los forasteros a nuestra amada Euskalerría. Anchos caminos por donde el pasado sale a medida que entra el presente. ¡Pobre patria mía! Queriendo llenar vuestras cortas necesidades os procuráis otras nuevas. Pronto al hombre bascongado le habrán arrancado su cualidad de bascongado, quedará solo el hombre, y un hombre solo hombre no es hombre. El amor de la patria me abraza, los sueños del

pasado rodean mi existencia. Goza mi espíritu en contemplar en sueños entre eternas brumas los robustos hijos de mi patria. Vivo soñando con edades que presurosas huyeron. ¿Huyeron ellas, o huimos nosotros de ellas?”.

Pues la odiosa fiebre del progreso arruinará las prístinas esencia, inocencia y pureza de la patria: “Felicidad y progreso no son sinónimos. ¡Ay de mí! ¡Euskalerría! ¿Dónde corres? Es el primer pecado, la fatalidad de la culpa original. ¡Maldito el fruto del árbol de la ciencia! Antes de no muchos años las provincias bascas marcharán en industria, riqueza, comercio y florecimiento a la cabeza de España. Habrán entrado de lleno en la vida moderna. Dejarán de ser bascongadas, pero eso poco importa. Perderán su lengua, perderán su propia fisonomía, perderán su libertad para hacerse esclavas del progreso. Entonces suspirarán por otros días”.

Y he aquí un espaldarazo estratosférico



que hubiera recibido con devoción ovina cualquier etarra: “[El pueblo vasco] es, sí, positivista como el hebreo, pero no tan grosero como él. Ama la libertad con delirio, porque marcha libre hacia el eterno. Será fanático, pero es porque busca a Dios”.

El intenso debate interior que lleva al joven Unamuno a escribir estas cosas acaba cristalizando en una tesis de doctorado con la que culmina sus estudios. Pero en ella, *Crítica del problema sobre el origen y prehistoria de la raza vasca*, el muchacho que llegó a Madrid sintiendo mucho pero sabiendo poco, el muchacho que se hace hombre leyendo y cuestionándose, acaba desmontando sus propias convicciones y emociones (aquellas que le hacían llorar ante el árbol de Guernica o besar la tierra del monte Iturrigorri) para concluir: “[...] cuando solo se ven tinieblas flotantes donde se creía ver cándida luz, no queda a todo hombre sensato más partido que tomar que el de desandar lo andado”. Y vaya si desanduvo. Cuando regresó a Bilbao había perdido, además de la fe católica, su credo nacionalista sobre la raza vasca,

que se sustentaba en una interpretación enclaustrada y pueril de ciertas tradiciones legendarias y en un romanticismo folclórico exacerbado.

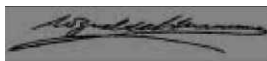
Si los jóvenes vascos capaces de anteponer el precio de su tenebrosa mitología al de la vida ajena hubieran conocido estos escritos, probablemente los hubieran transformado en consignas de guerra, ignorando la ulterior desandadura del autor, que ya en 1886, como desdiciéndose de todo lo expuesto y contra el inefable Arana se corregía: “Los vascongados (no bascongados)”. Al final, enamorado siempre del paisaje de su tierra, pero buen conocedor de la intrahistoria española, Unamuno se inclinó por la defensa de los fueros dentro de un federalismo liberal. (Como los hombres que imaginaron la nueva Europa: unidos en la diversidad. Desgraciadamente Europa vuelve a verse carcomida por el egocentrismo nacio-

ancestrales con un discurso empapado en esencia de bilis. Lo triste es que hay gente que se deja embaucar sin sospechar siquiera que se los manipula. O que gusta de las mamolas con que les regalan los navajeros de la palabra. Nunca entenderé la aberración nacionalista que lleva a la gente a preferir que el tirano sea de la tierra. Y que es incapaz de ver que si un grupo o partido se fija la misión de independizar a un país y no lo consigue al cabo de medio, no digamos un siglo, es que (como la Iglesia, incapaz de cristianizar a nadie, ni a sí misma, en dos mil años) ha fracasado como tal y solo cabe entender que perpetuarse en la cómoda rutina del goce mollar es la única y verdadera razón de su existencia. Y disolverse lo más decente y honrado.

Pero la carne es débil. Y el odio acerbo. Y sobre todo: el negocio es el negocio. Si Unamuno viviera hoy, seguramente se haría muchas preguntas sobre este tema. Preguntas como: ¿Esta historia de la ETA no ha durado tanto tiempo porque beneficiaba a todos quienes de una manera u otra han participado en ella y ya ha dejado de ser rentable? ¿Cuántos peles sin oficio ni beneficio no han vivido a lo grande por pegar tiros en la nuca o montar explosivos? ¿Cuántos no han recibido medallas, ascensos y primas por haberlos combatido? ¿Cuántos no han hecho su agosto publicitando del terror y el antiterror de una manera u otra? ¿Cuántos votos no han ganado hunos y hotros por hacer equilibrios sobre la cuerda floja llamada conflicto o violencia? ¿Por qué se dispensan más atenciones a alguien asesinado por la ETA que por cualquier otro forajido? ¿Es más inocente un viandante destripado por una bomba que uno a quien arroja y mata un artista del volante? ¿O más odioso un pistolero etarra que el atracador que desvalija y asesina a un joyero? ¿Pudo uno alegrarse del bombazo al almirante de las altas destinas, como le llamó Enrique de Sena en este mismo periódico, pero no de la ejecución de un concejal? ¿Por qué? ¿Dónde empieza y termina la legitimidad de matar? ¿Por qué hay asociaciones de víctimas del terrorismo si “víctimas somos todos”? ¿Por qué no se crea la asociación de víctimas achicharradas en cajeros nocturnos y los políticos no se retratan con sus familiares? ¿Por qué el gobierno negociará el futuro de los etarras presos y no el de los condenados por asesinar a dependientes de gasolinera o por apalear a sus mujeres? ¿Por qué se está tan seguro de que todo ha terminado y de que no surgirá algún esquivo disidente del tronco principal? ¿Por qué se habla de nacionalismo de izquierdas, si el nacionalismo solo puede ser de derechas y la verdadera izquierda antinacionalista? ¿Por qué, cuando el mitógrafo de turno escarba valores ancestrales para crear su ideal suele quedarse en la Edad Media y no llega hasta la Edad de Piedra o incluso más allá, donde los encontraría más puros? ¿Por qué ha de ser más respetable el nacionalismo periférico que el central si ambos se nutren de similares patrañas? ¿Por qué es más sagrada la comunión de quienes comparten pueblo sanguíneo que la de quienes tienen los pies planos o un lobanillo en la oreja izquierda? ¿Por qué empeñarse en ser algo, si uno al fin y al cabo no es lo que quiere ser, sino lo que el prójimo dice que se es: *esse est percipi*?

Preguntas duras, de incómoda respuesta, como las que solía hacerse aquel gran vasco, aquel gran español, aquel gran hombre que fue Unamuno, muerto hace ahora 75 años y a quien merecería la pena seguir leyendo.

(*) *Especialista en Filología Clásica. Traductor y escritor*



UNAMUNO Y ZAMORA

LUIS FELIPE DELGADO (*)

Los zamoranos conocemos desde la infancia la leyenda de Valverde de Lucerna, el pueblo sepultado bajo las aguas del lago de Sanabria. Era una de las primeras narraciones que escuchábamos en la escuela, preludio del obligado verano familiar en aquel hermosísimo paraje. Según la fabulación, la codicia y el rencor obligaron al divino peregrino a castigar con su inundación y muerte a aquel pueblo sin sentimientos que quedaría sepultado en el fondo del hasta entonces fértil y provechoso valle. Luego, la tragedia superó la leyenda. El 9 de enero de 1959, estallaba la presa de Vega de Tera y las toneladas del agua liberada, montaña abajo, arrasaron Ribadelago, el bello y primitivo pueblo asentado a la orilla del lago. En su fondo, aplastados por el brutal atropello del agua, quedaron enterrados para siempre personas, animales, viviendas y enseres. Allí mismo, la fatalidad los empadronó para siempre en la soledad anegada y ciega de Valverde de Lucerna, el pueblo al que la leyenda condenó a morir en el fondo de las aguas.

Don Miguel de Unamuno, conocedor de la fábula, situó en el pueblo desaparecido al protagonista de su novela más popular, *San Manuel Bueno, mártir*, y escogió los hermosos paisajes de Sanabria que él pisó en numerosas ocasiones para envolver el descreimiento y la cobardía del atormentado sacerdote que, aun siendo incrédulo, iluminará con la fe el camino de los demás vecinos, en un contrasentido que abraza todos los pasajes de la novela. La duda religiosa y la salvación del hombre son expuestas por don Miguel con un limpio realismo, desprovisto de atavío alguno, y proyectado en un escenario tan singular como el de Sanabria y los alrededores del lago. Un pueblo, Valverde de Lucerna, al que don Miguel rescata de las aguas de la leyenda para situar en él la que es considerada su mejor novela.

Pero al margen de esta obra, Unamuno da abundantes pruebas de la admiración que le causa esa entrañable tierra sanabresa cuando compone, en 1905, tan sencillos versos:

*Espejo de soledades,
el lago recoge edades
de antes del hombre y se queda
soñando en la santa calma
del cielo de las alturas
en que se sume en honduras
de anegarse, pobre, el alma.*

*Campanario sumergido
de Valverde de Lucerna,
toque de agonía eterna
bajo el caudal del olvido.*

Pero no se limita a Sanabria la fascinación que le causa la provincia. Al visitar en septiembre de 1906 la vieja ciudad amurallada, la describe de esta forma:

“En mi vida olvidaré un día que la vi, (Zamora), desde el puente de hierro sobre el Duero, a la caída de la tarde cuando el sol, enrojeciendo el ocaso, se ponía por detrás del cimborrio de su vetusta catedral, de aquel cimborrio que recubierto como está con una capa de cal blanca,

parece una cúpula bizantina, una visión del Oriente.

Y entrado en la ciudad, qué encanto el de sus iglesias románicas, robustas y recogidas, severas y rudas”.

Años más tarde, en 1928, volverá a dejar patente su admiración por la ciudad, ya en verso:

*Zamora de doña Urraca,
Zamora del Cid mancebo,
Zamora del Rey don Sancho,
¡ay, Bellido traicionero!
Zamora de torres de ojos,
Zamora de recio ensueño,
mi románica Zamora,
poso en Castilla del cielo
de las leyendas heroicas,
del lejano romancero,
Zamora dormida en brazos
corrientes del padre Duero.*

Don Miguel conoció y admiró también otros parajes de la geografía como refleja en algunos de los artículos que escribió para algunos diarios y semanarios de información general, entre ellos *La Nación* de Buenos Aires o *El Sol* de Madrid. Algunos de estos artículos fueron recopilados años más tarde en el libro *Andanzas y visiones españolas*. Hasta una parte de su obra nos ha guiado el profesor y amigo Luciano García Lorenzo a través de su libro *Zamora en la literatura*, editado en 1976 por la extinta Caja de Ahorros Provincial de Zamora.

Al conocer Los Arribes del Duero, que visitará en repetidas ocasiones, definirá con sencillez el paisaje:

De Fermoselle, por entre empinados berruecos, bajamos al Tormes para cruzarlo y pasar a Villarino. Y es inolvidable la paz inmensa de un río que discurre en lecho de piedra, entre árboles que se agarran a la roca con sus raíces. El recato de agua en estas soledades infunde pureza en quien lo mira.

Y cuando, en uno de sus primeros viajes a Benavente, conoce las espléndidas ruinas del monasterio cisterciense de Moreruela, traza un maravilloso paralelismo entre las ruinas gloriosas, la soledad del hombre y la presencia de Dios. Y así describe el cuadro que tiene ante sus ojos:

¡Qué majestad la de aquella columnata de la girola que se abre hoy al sol, al viento y a las lluvias! Y qué intensa melancolía la de aquella nave tupida hoy de escombros sobre la que brota la verde maleza. Y todo ello se alza, añorando siglos que fueron, y quién sabe si siglos por venir, en un valle de sosiego y de olvido del mundo... Hoy la Granja son ruinas. Lo único que permanece igual es el verde florido valle, el convento de las resignadas encinas que abrigan a los pajarillos que sin cesar cantan la gloria del Señor, y cantándola, lo buscan y lo encuentran.

Y en una fugaz visita a la iglesia de San Pedro de la Nave, primer y maravilloso ejemplo del imperio del arte visigótico hispano, don Miguel compondrá un sencillo manojito de versos:

*San Pedro de la Nave,
refugio visigótico,*



*concha de Compostela,
la hoz Del Esla
barranco ibérico!*

Otras muchas reflexiones y consideraciones, descripciones y recuerdos aparecen en los libros de don Miguel teniendo a Zamora como referencia. Pero sin duda, su definición más certera, escueta y precisa, es la que aparece en un artículo fechado en 1906 y titulado *España sugestiva*: Allí en Zamora, se ve la España que se va.

Una frase que, de forma concisa pero cierta, define por sí sola a Zamora. Esta provincia, pese a su pobreza y a su resignación, ya seculares, todavía conserva parte de esa España que don Miguel, ya a principios del pasado siglo, siente que empieza a perderse, para refugiarse solamente en lugares tan encantadores y hermosos como los de esta provincia. Es un elogio cabal pero, con el paso de todo el siglo XX, ha llegado a ser una realidad más

bien triste. Porque la España que ha caminado hacia adelante, ha alcanzado la prosperidad, el progreso y ha asegurado su futuro, a costa de desprenderse de sus raíces pero también de sus miserias, es bien distinta a la que, como Zamora, se ha quedado atrás, paralizada, para mantener viva la llama de la historia o el romance y ser refugio de viejas tradiciones y de modos de vida. Zamora continúa hoy ofreciendo una impresionante colección de fascinantes imágenes de un tiempo ya fenecido y olvidado. Somos una bella reliquia, un cuadro admirable en la percepción y crónica de una época pero nada más. Aquí hasta la pobreza parece una virtud. Pero el atraso siempre será símbolo de miseria, penuria, por más que lo adornemos con rimbombantes palabras. Porque ahí, en la monumentalidad, en la tradición y en la historia, se nos ha quedado detenida Zamora, don Miguel, sólo ahí. Es parte de la España que se va, sí, pero ¿a dónde?

(*) Periodista



Recordar el último día de su vida significa viajar setenta y cinco años atrás en el tiempo, hasta encontrarnos con él viéndole separar los témpanos suspendidos en la barandilla del balcón de su vivienda alquilada en el número 4 de la calle Bordadores, aquel triste jueves 31 de diciembre de 1936, mientras contemplaba los negrillos nevados de las Úrsulas, inmóviles sobre la alfombra blanca que cubría la empedrada calle.

A las ocho de la mañana, como era habitual, su hija Felisa le había llevado el desayuno a la cama, permaneciendo el maestro cobijado en ella con sus pensamientos hasta que fue reclamado por su nieto, para entretenerle con lecturas de cuentos junto al hogar de la "cocina económica", único espacio de la casona donde no se congelaba el aliento en el crudo invierno salmantino.

Llegada la hora de comer, María, Felisa y el pequeño Miguelín se acomodaron junto a Unamuno en torno a la mesa camilla templada por un brasero de cisco y sin pronunciar más palabras que las necesarias, para dar cuenta de la frugal comida que Aurelia llevó a la mesa donde el padre y abuelo moriría poco después.

El silencio apenas roto por las pisadas de la joven Aurora, que iba y venía de la cocina a la pequeña sala iluminada por una ventana que daba al patio interior, era acompañado con gritos patrióticos, canciones falangistas y algún disparo suelto de quienes pasaban por la calle con aire marcial y estilo provocador, coreando consignas y dando vítores a los líderes de la España nacional sublevada.

Concluido el almuerzo, quedó solo don Miguel en la camilla sobre el sillón fraileiro, contemplando la higuera del patio interior a través de los cristales rotos por gotitas resbalantes y releyendo *Le Rouge et le Noir*, de Stendhal, para buscar en él acomodo a sus sentimientos antes de recuperar los últimos versos, junto a las palabras de Julián Sorel profetizando que su destino sería morir soñando, mientras esperaba la anunciada visita de Bartolomé Aragón.

Así estuvo dos horas, reafirmando en que si la vida era sueño, esto era lo único que quedaba, señalando la muerte, el sueño y el tiempo su despedida, porque morir soñando equivalía a soñar viviendo, y vivir soñando no era más que morir viviendo. El sentido de la vida se reducía así para él en la vida misma, y la muerte no era más que la ventana al vacío donde todo sueño se diluye en humo y se difunde en el infinito en manos del eterno invisible.

Mientras pensaba en esto madurando nuevos poemas, María pasó a ver a su amiga Paquita, hija de la vecina Pilar Llorente, que se encontraba aquejada de un fuerte catarro gripal desde hacía varios días. También Felisa arregló a su sobrino y salió con él a visitar belenes por las iglesias más próximas.

A las tres y media de la tarde llegó el profesor Aragón con un folleto relacionado con el corporativismo para saber la opinión de Unamuno, temiendo éste que el falangista le propusiera colaborar como ideólogo de la facción que representaba.

Tras comentarle don Miguel unas palabras sobre el artículo, la conversación derivó a la situación por la que estaba pasando el país, evidenciándose una discrepancia en los puntos de vista de ambos, que se endureció hasta el punto de excitar los ánimos de Unamuno cuando Aragón aludió a que Dios parecía haber vuelto la espalda a España disponiendo de sus mejores hijos,



negando esto don Miguel enérgicamente dando un golpe sobre la camilla. Esas fueron sus últimas palabras y el manotazo sobre la mesa el último gesto del maestro tras la discusión con el falangista.

El silencio se hizo espeso en la sala donde ambos se encontraban, al tiempo que la barbilla de Unamuno declinaba lentamente sobre su pecho. Aragón observó la escena confundido sin decir palabra,

manteniéndose unos segundos a la espera de que don Miguel continuara su discurso. Fue entonces cuando percibió un olor a goma quemada en el brasero, y al levantar las faldillas para ver qué ocurría, Unamuno cayó de bruces sobre la camilla dándose un golpe seco en la cabeza, preludio de la más negra noticia.

Al pretender incorporarle, Aragón se dio cuenta de que algo grave le había suce-

dido. Reclamó la presencia de Aurelia y entre los dos le recostaron en el diván que estaba sobre la pared, antes de avisar a María, que llegó acompañada de Pilar, con tiempo para apoyar la cabeza de don Miguel sobre sus piernas, comprobando que aún estaba caliente pero sin responder a estímulo alguno.

Aragón salió corriendo a buscar al doctor Adolfo Núñez, compañero de tertulia de don Miguel, que vivía en un chaflán de la calle Doctor Riesco, frente al teatro Liceo, quien llegó inmediatamente pero sin tiempo para hacer algo por el salvo certificar su defunción a las cuatro de la tarde debido a una hemorragia bulbar.

Todos los hijos se reunieron esa noche en torno a su padre y junto a los amigos más próximos, al tiempo que Franco preparaba en la segunda planta del Palacio Episcopal el mensaje de fin de año con Giménez Caballero. En Madrid, una emisora republicana difundía la noticia de la muerte por envenenamiento y otra afirmaba que había sido fusilado.

La paz en el rostro de don Miguel fue captada por el pintor José Herrero, mientras algunos de los que entraban en la habitación donde yacía su cuerpo se postraban de rodillas. Cuerpo ya deshabitado, pues su alma había huido hacia un destino siempre buscado por él, alojándose finalmente en el misterioso hogar del Padre Eterno, donde setenta y cinco años después permanece.

(*) Escritor



ESPECIAL

Unamuno

75 ANIVERSARIO DE SU MUERTE

SÁBADO, 31 DE DICIEMBRE DE 2011

